

# DEFENSA E ILUSTRACIÓN DEL MANIFIESTO HISTORIOGRÁFICO DE HISTORIA A DEBATE (I)\*

CARLOS BARROS

(Universidad de Santiago de Compostela)

El Manifiesto historiográfico de la red temática internacional Historia a Debate, que vamos a desarrollar aquí, es un texto resumido de 18 proposiciones científicas sobre metodología, historiografía, teoría de la historia y relación de los historiadores con nuestro tiempo, que, traducido a ocho idiomas, ha tenido ya una gran difusión a través de Internet y de diversas publicaciones académicas de Europa y América. En su primer año de existencia se han adherido a esta plataforma historiográfica, 177 investigadores y profesores universitarios de historia de 20 países<sup>1</sup>.

Confiamos que estos amplios comentarios ayuden a un mejor conocimiento de nuestras propuestas, permanentemente abiertas y elaboradas por 24 historiadores de España, Francia, México, Estados Unidos, Argentina, Venezuela, Brasil, Cuba y Ecuador<sup>2</sup>, y animen a los lectores partidarios de

\* Primera parte de la versión escrita, muy ampliada y revisada en marzo de 2003 por el autor, coordinador de la red internacional HaD, de la conferencia dictada con algunos cambios en la Universidad Torcuato di Tella de Buenos Aires, el 15 de octubre de 2001; en el IV Congreso Nacional de Historia de Entre Ríos de Concepción del Uruguay, Argentina, el 18 de octubre de 2001; y en la Universidad Ricardo Palma de Lima, Perú, el 14 de diciembre de 2001 (véase el artículo completo en [www.cbarros.com](http://www.cbarros.com)).

<sup>1</sup> Se puede acceder al texto del Manifiesto en castellano, gallego, catalán, portugués, italiano, alemán, francés e inglés; a la lista actualizada de los historiadores suscritos y comprometidos con su desenvolvimiento y promoción; a los comentarios y debates suscitados; a las investigaciones generadas a partir de su publicación el 11 de setiembre de 2001 en el apartado de "Manifiesto" de [www.h-debate.com](http://www.h-debate.com).

<sup>2</sup> Se pueden consultar, asimismo, versiones y mensajes cruzados, entre junio y setiembre de 2001, en el apartado "Elaboración" del "Grupo Manifiesto" en la web de nuestra red.

un compromiso historiográfico renovado, actualizado y global, a contribuir a su apoyo, difusión y desarrollo<sup>3</sup>.

### *¿Por qué un Manifiesto?*

Hemos elegido el término Manifiesto para subrayar lo que tiene nuestra propuesta académica de llamamiento colectivo a una re-nueva escritura de la historia<sup>4</sup> adecuada a los problemas que el siglo que nace está planteando a la historiografía, y a la historia misma. Somos, por consiguiente, conscientes de que el formato elegido para dar a conocer nuestra alternativa historiográfica es en sí mismo un programa. En “tiempos de fragmentación”<sup>5</sup> y conformismo individualista no es habitual que académicos/as de tan diferentes áreas, universidades y países, se encuentren<sup>6</sup>, desafiando la “crisis de la historia”, alrededor de posiciones historiográficas comunes y que, a bandera desplegada, proclamen su compromiso colectivo sin complejos.

Hemos visto como el Manifiesto le tiembla en las manos -metafóricamente- a más de un colega conservador (clásicos y posmodernos) por el hecho de llamarse Manifiesto, y nos parece normal: se trata de una iniciativa conscientemente provocadora de gloriosos antecedentes. “Manifiesto” se llamó aquel editorial, “Cara al viento. Manifiesto de los nuevos ‘Annales’”<sup>7</sup>, que escribió Lucien Febvre en 1946, dos años después del fusi-

<sup>3</sup> Para entrar en contacto con nosotros, escribir a [h-debate@cesga.es](mailto:h-debate@cesga.es).

<sup>4</sup> Suelen preguntarnos si la terminación de su elaboración el 11 de setiembre es una casualidad, realmente coincidió la conclusión de nuestro trabajo por esas fechas, pudimos poner ciertamente un día anterior o posterior, pero decidimos firmarlo simbólicamente el 11 de setiembre para expresar nuestra voluntad de contribuir, desde la historia que se escribe, a una historia alternativa al 11-S y sus consecuencias.

<sup>5</sup> Cuando iniciamos, en 1999, el funcionamiento de HaD como comunidad digital, nos definimos así: “HISTORIA A DEBATE es una RED estable que, en tiempos de fragmentación comunica y reúne a historiadores de todo el mundo, mediante actividades presenciales y en la red de redes, dentro y fuera de las instituciones académicas, que busca dinamizar intercambios y contactos multilaterales entre sus miembros más allá de las fronteras de la especialidad y de la nacionalidad, de las diversas filias y fobias, de cualesquiera ideología cerrada” (del texto *¿Qué es HaD?* colgado en web).

<sup>6</sup> El encuentro de tantos y tantas no hubiera sido posible sin la Red: el Manifiesto de HaD es un fruto pionero, en su elaboración y en su difusión, de las nuevas formas de sociabilidad académica que está engendrando la revolución tecnológica de la comunicación global.

<sup>7</sup> Lucien FEBVRE, *Combates por la historia*, Barcelona, 1975, pp. 59-71.

lamiento de Marc Bloch, anunciando la reaparición de la revista-escuela que ambos habían fundado en 1929, donde se aseguraba que “Los Annales cambian, porque alrededor todo cambia: los hombres y las cosas”<sup>8</sup>. Aunque, justo es reconocerlo, el “manifiesto” más famoso e influyente de la historia intelectual y política contemporáneas es aquel que redactaron Marx y Engels en 1848 para la Liga de los Comunistas, antecedente de la I Internacional, y que empezaba diciendo aquello de “un fantasma recorre Europa...”. El Manifiesto Comunista condujo con el paso de los años a otra corriente académica de historiadores, basada en el materialismo histórico, que ejerció un importante influjo en la llamada revolución historiográfica del pasado siglo XX y que tuvo como expresión más acabada la revista-escuela *Past and Present*, fundada en 1952 por el grupo de historiadores del Partido Comunista británico.

Ante tan ilustres y subversivos antecedentes, ¿qué aporta este modesto Manifiesto de la red académica internacional HaD? Tres nuevas dimensiones: 1) por cronología e intenciones el nuestro es un Manifiesto del siglo XXI; 2) su redacción original no está en alemán, francés o inglés, sino en español<sup>9</sup>; 3) supone una respuesta no conservadora<sup>10</sup> a los efectos académico-historiográficos del relevo generacional que tendrá lugar por razones biológicas en dentro de 10 o 15 años.

Si alguien piensa que el movimiento académico de HaD es una reminiscencia de la generación del 68, se equivoca<sup>11</sup>: la mayoría de los firmantes

<sup>8</sup> Bernard Lepetit intentó sin éxito hacer lo mismo en 1989 ( mientras se caía el muro de Berlín) al promover un “*tournant critique*” de los Annales que hiciese resurgir de sus cenizas el espíritu renovador de la escuela de Bloch y Febvre, Carlos BARROS, “El ‘*tournant critique*’ de Annales”, *Revista de História Medieval*, Valencia, nº 2, 1991, pp. 193-197; “La Escuela de los Annales y la historia que viene”, *La historia que se fue. Suplemento cultural del Diario de Sevilla*, nº 99, 18 de enero de 2001 (artículos que se pueden examinar e imprimir libremente en [www.cbarros.com](http://www.cbarros.com), como el resto de los trabajos breves del autor).

<sup>9</sup> El reciente auge del idioma castellano, dentro y fuera de Internet, y en los propios EE. UU., es un buen anticipo del multiculturalismo plural que viene.

<sup>10</sup> Queremos advertir que la larga experiencia de HaD nos enseña que, en historiografía, los términos conservador y progresista no siempre se corresponden con sus tradicionales definiciones políticas.

<sup>11</sup> La generación de 1968, a la que pertenece a mucha honra el que os escribe, evolucionó de manera diversa, se hizo mayor, alcanzó el “poder”, siendo muy aventurado atribuirle en su mayoría, tres décadas después, un interés o una capacidad reales en protagonizar nuevos horizontes de progreso e innovación en la campo de la historia y de la historiografía.

del Manifiesto del año 2001, sobre todo en España, y de una gran parte de los componentes de la red HaD, han nacido en los años 60 y tienen por lo tanto delante una media de 30 años de vida académica. Se trata de una generación intermedia en ascenso, llamada a ocupar los puestos académicos más significativos en la próxima década, cuando se produzca el gran relevo demográfico del que hablamos en el punto XII del Manifiesto, y de la cual cabe esperar<sup>12</sup> una mayor capacidad para entender lo que hay de nuevo en los trascendentales cambios sociales y culturales, históricos e historiográficos en curso.

El Manifiesto de HaD que, pese a su brevedad, necesitó de ocho años de reflexiones y confrontaciones para plasmarse, tiene por objeto promover el consenso historiográfico a través del debate y la búsqueda de síntesis creativas, según las enseñanzas de la dialéctica clásica y/o del nuevo pensamiento complejo, y está abierto a futuros desarrollos y revisiones en los que pueden participar aquellos colegas que, coincidiendo con lo esencial del Manifiesto, lo soliciten libremente sin distinción de nacionalidad, edad o estatus académico<sup>13</sup>. La dinámica del Manifiesto no es apta, por lo tanto, para nostálgicos de los sistemas cerrados, hay que rebasar las actitudes autosuficientes de no pocas escuelas e ideologías del “siglo de los extremos”, somos contrarios a las defensas absolutas de tal o cual proposición o línea de investigación -incluidas las nuestras- como si fuesen las únicas válidas. Sectarismo académico que ha facilitado, por reacción, la difusión del “todo vale” de la posmodernidad historiográfica, antesala del triunfal regreso de la historia de los “grandes hombres” y del mito positivista de la “historia tal como fue”, en un movimiento pendular, peligroso para el futuro de nuestra disciplina, que Historia a Debate quiere contrarrestar con tolerancia, debate y consenso, por este orden.

Prueba de la viabilidad de las propuestas historiográficas y teóricas del Manifiesto, y de la pertinencia de su enfoque abierto y no obstante comprometido, está en la continuidad, y expansión, de HaD desde sus comienzos en 1993 (I Congreso Internacional Historia a Debate). El gran salto ha teni-

<sup>12</sup> Tiene en su “debe” esta generación de académicos, que ronda hoy los 40 años, el haber crecido a la sombra de la generación del 68 que ha dejado un gran impacto en la historia y la historiografía, y el haber desconocido la experiencia directa de los sujetos históricos e historiográficos en acción, si bien el retorno del sujeto social desde mediados de los años 90, y la aceleración histórica entre siglos, empieza a suplir dicho vacío.

do lugar en 1999, año de celebración del II Congreso e inicio de la construcción de nuestra red digital que alcanza ya a los departamentos de historia de unas 250 universidades en los cinco continentes. Así y todo, Historia a Debate es un movimiento historiográfico joven. Diez años es poco tiempo para el desarrollo de una corriente académica de ámbito internacional, lo propio de nuestro medio es el tiempo lento, si lo comparamos con el periodismo o la política. Si bien Internet está acelerando las relaciones, el debate y el consenso, permitiendo constituir nuevas y extensas comunidades académicas conectadas en tiempo real, también es cierto que partimos de una basta fragmentación (donde el fragmento más estable es el individuo) y de una honda crisis de las corrientes historiográficas que dominaron nuestra disciplina en gran parte del siglo XX, factores ambos que dificultan todo proyecto de reconstrucción paradigmática, generando confusión, dudas e incertidumbre, que han provocado un vacío que HaD aunque quisiera no puede colmar, de ahí que animemos a otros a seguir nuestro camino, creando comunidades/red y tendencias historiográficas explícitas, según se dice en el punto IX del Manifiesto.

### *Tendencia latina*

Destacábamos antes la novedad -para muchos sorpresa e incluso incomodidad- que entraña una alternativa historiográfica internacional de origen hispano. De hecho, para bien y para mal, HaD es la primera tendencia historiográfica latina en la “historia de la historiografía”. Tardamos un tiempo en tomar conciencia de que la posibilidad teórica de un eje historiográfico iberoamericano, planteada inmediatamente después del I Congreso<sup>14</sup>, se estaba haciendo realidad<sup>15</sup> y que podía, y debía, transformarse en una co-

<sup>13</sup> Los firmantes del Manifiesto constituimos una sublista de la red HaD, que llamamos Grupo Manifiesto (GM), que tiene por cometido seguir los debates y la evolución histórica e historiográfica más inmediatas, dentro y fuera de HaD, ampliando y verificando permanentemente nuestra posición historiográfica común.

<sup>14</sup> Decíamos en la presentación, redactada por el autor, del volumen latinoamericano del I Congreso HaD: “Tenemos que privilegiar las relaciones bilaterales entre las historiografías latinoamericanas y la historiografía española... Es posible, y necesario, un eje historiográfico iberoamericano...”, Historia a Debate. América Latina, Santiago de Compostela, HaD, 1996.

<sup>15</sup> Nuestro emergente eje euroamericano de base hispana corre paralelo al tradicional eje de relaciones historiográficas entre Europa y América de base anglófona: marxista en los años 70 y 80, y posmoderno en los años 90.

riente académica de vocación global sobre la base historiográfica de un mínimo común denominador, proceso iniciado el 11 de setiembre de 2001 con la salida a la luz del Manifiesto.

Conviene aclarar que Historia a Debate es una red latina pero abierta, multinacional y multilíngüe desde siempre. En los I y II Congresos de Santiago de Compostela han funcionado servicios de traducción simultánea español/francés/inglés. Las transcripciones de las mesas redondas del II Congreso están editadas en sus idiomas originales, al igual que ponencias y comunicaciones, que han sido seleccionadas para su publicación en las Actas, en base a criterios de calidad, adaptación al temario y equilibrio entre continentes y áreas académico-lingüísticas. Tanto en las actividades presenciales como digitales de HaD vienen participando universidades de unos 50 países, sin embargo, cuando hace tres años HaD deviene red académica digital, dando lugar al mayor período de expansión -hasta al presente- y a un notorio sentimiento de pertenencia<sup>16</sup>, se reafirma su carácter latino: los debates tienen lugar predominantemente en castellano, siendo hispanoparlantes<sup>17</sup> más del 80 % de miembros de las tres listas de correo electrónico (2.247 en agosto de 2002) y más del 50 % de los visitantes de nuestra web trilingüe (una media de 1000 diarios a finales de 2002), si bien se mantienen aproximadamente uel medio centenar de países conectados a HaD, en su mayoría no hispanos. Unos 200 historiadores de habla inglesa, francesa, alemana, etc., siguen pues los debates de HaD a través de las traducciones automáticas español/inglés que hoy por hoy podemos ofrecer<sup>18</sup>, lo que demuestra el interés que provoca esta inédita experiencia historiográfica en todo el mundo.

La tendencia actual en Internet, conforme se va generalizando su uso en Europa, América Latina y Asia, es a cierta fragmentación del ciberespacio

<sup>16</sup> El sentimiento de pertenencia de los miembros de la red HaD se puede estudiar en los mensajes difundidos, y colgados en la web, de los diferentes debates y, sobre todo, generados por los diversos aniversarios celebrados comunitariamente.

<sup>17</sup> Las tres patas de H-Debate digital son, hoy por hoy, España, América Latina y los EE. UU. hispanos: desde la universidad española se coordina y orienta la red, la aportación mayor a los debates viene de las universidades latinoamericanas, habiendo disminuido, de manera preocupante, la participación en la red de los colegas norteamericanos desde el 11-S.

<sup>18</sup> A medio plazo aspiramos a obtener financiación para, cuando menos, organizar un servicio de revisión de las actuales traducciones automáticas, que de todas maneras facilitan la comprensión de los mensajes a aquellos colegas que tienen algunos conocimientos de español (se difunden las dos versiones juntas).

en comunidades lingüísticas<sup>19</sup>, ciertamente contraria a su naturaleza esencial de medio global de comunicación. Tal vez la interactividad mundial/global que supone la red de redes sólo se podrá realizar plenamente cuando los adelantos técnicos hagan posible una traducción automática multilateral y de mayor calidad. Mientras tanto, HaD seguirá combinando su identidad latina con su vocación global, multilíngüe, tanto en medios de comunicación académica convencional (como los congresos) como en la red, apostando cara al futuro por un multilingüismo ponderado basado en el inglés<sup>20</sup> y el español, ¿no son acaso las dos lenguas francas más utilizadas, dentro y fuera de Internet, en el mundo occidental?, y abierto a otras lenguas.

El español es, según Global Reach, el cuarto idioma mundial de los usuarios en Internet (7,2 %), duplicando el uso del francés (3,9 %), por debajo del japonés y del chino, quedando a distancia de todos ellos el inglés (40,2 %), cuyo carácter minoritario se va a acentuar de todos modos en los próximos años: en 2003 los usuarios en inglés se reducirán al 34,6 %, y los usuarios en otros idiomas duplicarán entonces al los anglófonos<sup>21</sup>. Esta progresiva pérdida de la importancia internacional del inglés en las comunicaciones digitales favorecerá en Occidente al español. Estamos ante una posibilidad históricamente inédita para transformar el castellano en la segunda lengua franca occidental, siempre y cuando seamos capaces de desarrollar contenidos proporcionalmente en español, pues ahí donde la hegemonía del inglés en el mundo web era en 2000 todavía del 68,3 % (datos de CyberAtlas), mientras que los contenidos en español son solamente la tercera parte (2,4%) de lo que nos correspondería por el número de usuarios, y lo mismo pasa con otros países<sup>22</sup>. La falta de contenidos en otros idiomas está frenando gravemente, por otro lado, la expansión de Internet por el mundo. La responsabilidad del español es, al respecto, grande, por ser el idioma europeo con más posibilidades de proyección global.

<sup>19</sup> Los espacios digitales en alemán, japonés y francés, son potentes, pero están prácticamente restringidos a sus respectivas fronteras nacionales, a diferencia de las redes en español que tienen una potencialidad de crecimiento internacional muy superior, sólo superada por el inglés.

<sup>20</sup> Tenemos en estudio una cuarta lista de correo electrónico en inglés, cuestión sobre la que hemos abierto un debate (ver "HuD in English?" en [www.h-debate.com](http://www.h-debate.com)) en el que se han manifestado posiciones encontradas.

<sup>21</sup> Véase <http://global-reach.biz/globstats/index.php3>.

<sup>22</sup> Véase [http://cyberatlas.internet.com/big\\_picture/demographics/article/0,,5901\\_408521,00.html](http://cyberatlas.internet.com/big_picture/demographics/article/0,,5901_408521,00.html).

## *España-América*

Partiendo de un pasado historiográfico más receptor que emisor de novedades, ¿es posible ahora, desde España y América Latina, lograr una proyección mundial que vaya más allá del ámbito académico latino? Pensamos que sí y lo estamos ya demostrando. En este mundo globalizado, las preguntas y las respuestas históricas e historiográficas difieren cada vez menos de un país a otro, de un continente a otro. Y el mundo universitario iberoamericano es muy adecuado para generar nuevas síntesis historiográficas.

¿Por qué ha surgido esta alternativa historiográfica en España y se ha extendido tan rápidamente en América Latina? ¿Cómo ha sido posible que ahora, y no antes, comunidades académicas de historiadores de España y de América Latina alimenten, trabajando en red, una corriente historiográfica con acentos propios?

Hagamos historia de la historia. Los historiadores latinos venimos, como el resto de la historiografía académica, de la matriz universal del positivismo decimonónico de origen alemán. Después recibimos la “revolución historiográfica del siglo XX” de factura principalmente francesa e inglesa que se extendió, en las décadas de los años 60 y 70, por España y América Latina, en el marco de intensas luchas históricas, sociales y políticas<sup>23</sup>, que marcaron la formación de los historiadores españoles y latinoamericanos más avanzados. Nuestras historiografías tienen en común haber sido, a falta de escuelas propias de irradiación internacional, un crisol casi perfecto de la recepción de las nuevas historias annalistes y marxistas, engendrando una suerte de síntesis y territorio común<sup>24</sup>, que no ha existido tan claramente equilibrado en los países de origen<sup>25</sup>. Tenemos por tanto, a uno y otro lado del Atlántico, una historia de la historia común, además de compartir una historia común y constituir una misma comunidad lingüística y cultural, hoy extendida a los EE. UU. Los programas de intercambio de profesores y estudiantes, entre España y América Latina, han favorecido desde 1992 esta fuerte interrelación universitaria, paralela a la emergencia de la red iberoamericana de HaD de actividades digitales y presenciales. Interrelación, historia e historiografía comunes, identidades culturales, que hacen de Es-

<sup>23</sup> No menos intensas -aunque menos ideologizadas- que las que están teniendo lugar ahora en América Latina, y en Europa meridional, como consecuencia de la globalización galopante y sus efectos.

pañía el interlocutor obligado para la relación cultural, académica e historiográfica, de América Latina con Europa.

La falta de una tradición propia de escuelas historiográficas de proyección internacional, durante el pasado siglo, hizo del mundo latino, europeo y americano, un terreno virgen para la importación, con frecuencia acrítica, de las novedades historiográficas venidas de Francia, primero, y del mundo angloamericano, después, lo que nos alejó de nuestras específicas raíces y realidades históricas, nacionales y continentales, al tiempo que benefició sin duda a nuestras historiografías con los avances metodológicos e historiográficos más recientes. El balance final fue desde luego positivo, pero hoy la situación es muy otra, aunque perdura en algunas mentalidades académicas los complejos engendrados por tan prolongada relación dependiente.

Nos preguntamos que hubiese pasado si Claudio Sánchez Albornoz, Américo Castro, Bosh Gimpera o Rafael Altamira, no hubiesen tenido que exiliarse, durante la guerra civil española, a Argentina y México, países donde hicieron escuela. El caso de Sánchez Albornoz es ejemplar porque creo una buena escuela de medievalistas en un país como Argentina que no tiene historia medieval. ¿Qué hubiese sido de la historiografía española si él y otros historiadores hubiesen podido quedarse en España? ¿Habrían creado una escuela historiográfica específicamente española? No podemos descartarlo. Claudio Sánchez Albornoz, tenido por representante de una historiografía tradicional, positivista e institucionalista, lo que por supuesto fue, dio asimismo tempranos pasos en el campo de la historia económico-social y aun de la historia de las mentalidades<sup>24</sup>. El exilio de la historiografía republicana española, y la autarquía académica posterior, trajeron consigo un prolongado paréntesis conservador que sólo se cerró, en los años 70, con la asunción, a menudo mimética, de las nuevas historias de Annales y del

<sup>24</sup> El tercer componente fue el neopositivismo, véase "El paradigma común de los historiadores del siglo XX", *Medievalismo*, Madrid, Sociedad Española de Estudios Medievales, nº 7, 1997, pp. 235-262.

<sup>25</sup> A riesgo de simplificar podríamos decir que, desde el punto de vista de la renovación historiográfica, en Francia predominó Annales, en Gran Bretaña el marxismo historiográfico y en EE. UU. el neopositivismo.

<sup>26</sup> En las Estampas de la vida de León hace mil años (Madrid, 1934) Sánchez Albornoz combina erudición, vida cotidiana e incluso estilo literario con narradores "ficticios", que nos muestran un historiador audaz que incursiona en una historia de las mentalidades todavía sin bautizar.

marxismo que entraban por los Pirineos, haciendo tabla rasa de la historiografía liberal anterior al franquismo.

Este pasado dependiente de las historiografías española y latinoamericana tiene de bueno, según ya dijimos, que abrieron nuestras historiografías a lo nuevo. Carácter receptivo que nos permite hoy, en plena crisis de las historiografías nacionales que tanto nos enseñaron antaño, transformar el retraso en ventaja, porque una gran tradición -me refiero aquí a la tradición renovadora en el siglo XX- puede ser, y es, una pesada losa para la necesaria adaptación del historiador a las nuevas realidades históricas e historiográficas.

### *Desfocalización, multiculturalismo, red*

¿Por qué ahora, en el tránsito del siglo XX al siglo XXI, y no antes, es posible una historiografía latina no dependiente? Por la envergadura de los cambios históricos que estamos viviendo desde la caída del muro de Berlín, sobre todo los procesos diversos y contradictorios de una inacabada globalización que desmienten día a día el proclamado fin de la historia de Francis Fukuyama.

Decíamos en la convocatoria del II Congreso: “Y cuando cambia la historia, ¿no cambia asimismo la escritura de la historia?”. El cambio internacional más relevante para nuestro análisis se da, por descontado, en las relaciones historiográficas: “El agotamiento de los focos nacionales de renovación del siglo XX ha dado paso a una descentralización históricamente inédita, impulsada por la globalización de la información y del saber académico y superadora del viejo eurocentrismo” (punto VII del Manifiesto).

Historia a Debate no es el único ejemplo de iniciativa historiográfica, desde la antigua periferia, provocada por el efecto descentralizador y democratizador de la globalización. Un precedente sería la historiografía poscolonial, originada en la India a partir de los estudios subalternos gramscianos<sup>27</sup>. Habría que citar también la propuesta norteamericana de la

<sup>27</sup> La frustración que ha supuesto la pronta asimilación de parte de los “estudios subalternos” indios por el posmodernismo y el “giro lingüístico”, en el marco de los Estudios Culturales norteamericanos, no resta interés a su propuesta original, cuya dimensión crítica poscolonial debería formar parte de la globalización historiográfica que necesitamos.

World History, la historia global entendida como historia mundial<sup>28</sup>. Surgirán asimismo otras formas de hacer la historia del nuevo movimiento social global, tan distinto de los movimientos sociales del pasado siglo, y del impacto de las nuevas tecnologías de la comunicación sobre la escritura de la historia y la sociabilidad de los historiadores.

Las relaciones historiográficas están sujetas hoy a grandes cambios. Van quedando atrás aquello de que un foco de renovación de ámbito nacional se proyectaba internacionalmente por el sistema de las dependencias historiográficas derivadas de dependencias culturales, económicas y políticas. Ahora son precisas alternativas multinacionales y globales en origen, inclusive para obtener y mantener influencia en el solar académico nacional. Multifocalidad y simultaneidad que resultaría imposible sin Internet, parte importante de los efectos igualadores de la globalización, mal que les pese a los nostálgicos de las viejas relaciones “coloniales”.

Historia a Debate es síntoma, causa y consecuencia, de la desfocalización historiográfica provocada por una globalización diversa que está dando a luz una nueva historiografía que se manifiesta, o que puede manifestarse<sup>29</sup>, en Internet con un grado de interrelación global, libertad, creatividad y adaptabilidad a los cambios, superior a la que ofrecen los medios tradicionales, siempre necesarios<sup>30</sup>.

El futuro de esta nueva historiografía que propugnamos, y practicamos, mirando hacia adelante sin hacer tabla rasa del siglo XX, ni volver al siglo XIX, va a depender (punto XVIII del Manifiesto), junto con el desarrollo de Internet, de los avances de esa globalización más democrática, social y pacífica, que nació en diciembre de 1999 en la ciudad de Seattle... Movimiento social global, con importantes apoyos intelectuales, académicos y políticos, que está logrando ya, pese a su juventud, influir positivamente, desde abajo, en un proceso descontrolado de la economía y las multinacionales, agravado por el terrorismo y las crecientes desigualdades Norte/Sur

<sup>28</sup> Véase el debate que tenemos abierto sobre historia mundial/historia global en [www.h-debate.com](http://www.h-debate.com).

<sup>29</sup> Somos conscientes de que existen en Internet muchas páginas de historia de contenido tradicional y nada interactivas, pero las que cuentan e influyen realmente son aquellas que se adaptan al medio y crean nuevas relaciones, nuevos contenidos, nuevas realidades historiográficas.

<sup>30</sup> Los contactos digitales son insuficientes, continuamos con las actividades presenciales y convencionales (viajes, congresos, publicaciones en papel); lo realmente nuevo tal vez no sea tanto la red en sí misma como su combinación con las actividades tradicionales, la potencialidad de Internet se manifiesta sin duda en simbiosis con los anteriores modos de comunicación.

ya Este/Oeste, que no puede ser gobernado autoritaria y unilateralmente, como demuestran los hechos posteriores al 11 de setiembre, por una superpotencia imperial a la manera de Roma o del Antiguo Régimen. Desde el conocimiento del pasado y del presente (enfocado históricamente), los historiadores podemos contribuir a una globalización alternativa que garantice un futuro más humano para todos los mundos, géneros y clases. Nos consideramos parte, pues, de la historia que sigue al “final” de la historia: ¿es acaso casual que el movimiento llamado antiglobalización haya nacido el mismo año en que HaD entró en Internet acelerándose exponencialmente su proceso de articulación como red académica global?

Trastocados los viejos centros y periferias historiográficas, Historia a Debate propone y practica, en resumen, un nuevo modelo de relaciones historiográficas internacionales, en consonancia con el tiempo presente, cimentado en el intercambio igual, el multiculturalismo historiográfico y el trabajo en red.

Proponemos y practicamos un intercambio igual y multilateral de reflexiones, investigaciones y experiencias historiográficas entre países y continentes. La gran novedad del siglo XXI es, o debería ser, que la aportación de una historiografía no tiene porque estar ya tan determinada por la superioridad económica y política de un país sobre otro. Durante los siglos XIX y XX las innovaciones historiográficas sólo “podían” surgir de los países avanzados económicamente: Alemania, Francia, Inglaterra, Estados Unidos..., según el orden marcado por la sucesión histórica de las grandes potencias<sup>31</sup>. Ahora la situación es distinta: profesores formados en las antiguas metrópolis del saber académico, pueden ya pensar por si mismos y crear escuelas propias en las antiguas periferias, y, lo que es más importante, el mismo proceso de la globalización digital de la información y del saber atenúa progresivamente las distancias entre todos los países y los continentes<sup>32</sup>. El intercambio entre comunidades académicas nacionales será,

<sup>31</sup> La globalización socava la vieja preponderancia de los Estados nacionales variando objetivamente la geopolítica mundial y las relaciones académicas internacionales, sin que ello quiera decir que exista una relación mecánica entre aquella y éstas: Francia fue en el siglo XX referencia cultural internacional bastante por encima de su papel en la economía y la política mundial.

<sup>32</sup> No desconocemos la brecha digital existente entre el primero y tercer mundo (que incluye buena parte de lo que fue el segundo), si bien el sector académico resulta menos afectado que otros sectores sociales; el sistema universitario mundial está casi en su totalidad conectado a Internet, y un mayor dinamismo humano suele compensar las menores facilidades de conexión, según la experiencia latinoamericana en HaD.

por tanto, más igual conforme más se desarrolle y democratice la globalización. Estamos viviendo ya este novísimo proceso, hoy ya no serían factibles fenómenos unilaterales de base nacional como la irradiación desde Alemania del positivismo (desde finales del siglo XIX) o de la escuela de Annales desde Francia (sobre todo desde la derrota de Alemania en la II Posguerra mundial).

Las cosas han cambiando mucho desde la caída del muro de Berlín, que en un principio pareció favorecer los intentos desde EE. UU. de liderar iniciativas académicas con propuestas, distintas pero convergentes, como el posmodernismo o el “final de la historia” de Fukuyama, ambas hoy en declive. La descentralización geográfica del mundo universitario estadounidense, su carácter abierto, hace por lo demás dificultosa la exportación, a la francesa, de una posición historiográfica articulada. Norteamérica es más permeable que nadie a la diversidad de Internet, y los tiempos actuales no están para unilateralismos<sup>33</sup>, y menos todavía en el mundo académico.

¿Qué pasó con los debates historiográficos que irradiaron desde los EE. UU. en la década de los 90? Paul Kennedy estudió cinco siglos del Auge y caída de las grandes potencias (1987) para anunciar la decadencia del imperio de los EE. UU. a causa del alto coste del mantenimiento de su supremacía militar, debate que no tuvo demasiada difusión, quizás porque todavía no se concretó la predicción, veremos qué pasa en el futuro<sup>34</sup>. Después vino Francis Fukuyama (después asesor de Bush) vaticinando el “final de la historia” (1989), meses antes del inicio de las transiciones en el Este de Europa al capitalismo, tesis que tuvo una extraordinaria difusión internacional aunque pronto se vio desmentida por la marcha acelerada de la historia, de forma que hemos pasado, con el auge de la globalización, del debate del fin de la historia al debate de los fines de la historia (punto XIV del Manifiesto)<sup>35</sup>. La teoría de Fukuyama fue reemplazada por el esquema interpretativo del “choque de las civilizaciones” (1993) de Samuel P. Huntington como horizonte inmediato del futuro de la humanidad. El 11 de setiembre pareció dar la razón a dicha proyección histórica, tanto Bush como Bin Laden citaron a las Cruzadas para ilustrar sus respectivas, y complementarias, guerras entre el Bien y el Mal, si bien el mundo acabó reaccionando contra tan

<sup>33</sup> Lo demuestran las dificultades crecientes del Gobierno de Bush para imponer sus unilaterales puntos de vista, después del 11 de setiembre, a Europa y al mundo, como demuestran los preparativos de la guerra de Irak.

brutal escenario, incluido el autor de la teoría de una “guerra final” entre Occidente y Oriente, entre la civilización cristiana y la civilización islámica. El éxito mundial del libro crítico de N. Chomsky sobre el 11-S muestra, finalmente, tanto la pluralidad del mundo académico americano como las razones de que las propuestas de Fukuyama y Huntington sobre la relación entre el presente y el futuro, apoyadas en datos históricos, no encontraran a fin de cuentas demasiados seguidores<sup>36</sup>, pese al revuelo organizado, a diferencia del libro de Chomsky, expresión de un diverso movimiento crítico cultural y político de características mundiales. En un mundo globalizado la unidad de ideas sólo puede darse en la diversidad cultural. Inferimos de nuevo que el intercambio académico será más eficaz, alcanzará un mayor grado de consenso, cuando más igual y diverso sea. Las propuestas metodológicas, historiográficas o histórico-teóricas, han de surgir de bases diversas para alcanzar una aceptación global, en otras palabras: se imponen redes abiertas, multinacionales, multiculturales, más que focos nacionales que irradian sobre otros países.

Así y todo, no podemos dejar de reconocer que una parte nada desdeñable de la historia intelectual pasa hoy por los Estados Unidos -que participa de un dinamismo cultural que también detectamos en América Central y del Sur- y refleja el momento que vivimos. Los historiadores debemos aprender de los cuatro autores citados, y de los debates que generaron, nuevos rasgos que están también en nuestro Manifiesto latino y muestran la universalidad de nuestra alternativa historiográfica: un renovado y diverso compromiso académico con la sociedad y la política (punto XVI); un nuevo interés por relacionar pasado, presente y futuro, sin temor a la prospectiva, es decir, haciendo hincapié en la doble relación pasado/futuro y presente/futuro (punto XVII); una unión de la historia con la teoría, tanto en el caso del historiador Kennedy como de los filósofos políticos Fukuyama y Huntington, que los historiadores profesionales debiéramos frecuentar más

<sup>34</sup> La economía de los EE. UU. depende más que nunca de la industria militar, que está detrás de las guerras norteamericanas contra Kosovo, Afganistán, Irak y lo que venga después, por la hegemonía mundial y el control del petróleo que hace posible el modo de vida americano.

<sup>35</sup> Sirva como ejemplo un reciente libro mexicano-alemán de resonancias cercanas a HaD: Heinz DIETERICH y otros, *Fin del capitalismo global. El Nuevo Proyecto Histórico*, Tafalla, 1999.

<sup>36</sup> A lo que ha contribuido el hecho de que el discurso crítico hacia el unilateralismo y el radicalismo del gobierno norteamericano no ha hecho más que incrementarse en todo el mundo desde el 11-S.

(punto XIII); una visión desde la historia de los acontecimientos y de los procesos actuales, lo que en HaD llamamos Historia Inmediata (punto VIII); un ámbito global/mundial para los análisis y las predicciones históricas (punto VII). Buenas prácticas que contradicen los vetustos criterios de unilateralismo y verticalidad, elitismo y autoridad de los “grandes autores” fabricados mediáticamente, aspectos también presentes en los casos citados.

El segundo rasgo del nuevo modelo de relaciones historiográficas internacionales que propone y practica HaD es lo que podemos llamar multiculturalismo historiográfico<sup>37</sup>. Es decir la colaboración, el intercambio y el mestizaje en plano de equidad entre las diferentes historiografías nacionales, sin apriorismos sobre la superioridad que tal o cual cultura historiográfica por supuestas o reales razones políticas, económicas o lingüístico-culturales. La nueva sociedad de la información y del conocimiento está generando nuevos sujetos académicos internacionales basados en la comunidad de lengua, cultura e historia, superpuestos a las historiografías nacionales, suerte de “culturas historiográficas” que hay que tener muy en cuenta.

La juventud de la cultura historiográfica específicamente latina, representada por HaD y otras manifestaciones académicas, implica ciertas ventajas en lo que respecta a la cuestión de los idiomas. Por causas histórico-culturales, españoles y latinoamericanos, estamos por lo general más acostumbrados a viajar y servirnos de bibliografía en otros idiomas, que un historiador francés o angloamericano, y por lo tanto más preparados para el inevitable multilingüismo que provoca el proceso de globalización. Comentamos más arriba que el peso relativo del inglés en Internet decrece rápidamente: no va a haber una única lengua franca que unifique a todos los países interconectados por Internet y las nuevas tecnologías. Decía un colega norteamericano en el debate “HuD in English”<sup>38</sup> como empezaba ya a considerarse provinciano defender en los EE. UU. la consigna de “English only”, escribir e investigar sin bibliografía en otras lenguas, no viajar al extranjero para conocer otras historiografías, etc. Si el desarrollo de la globalización

<sup>37</sup> Son menester términos nuevos para realidades nuevas: la denominación pionera de lo “políticamente correcto”, nacida en la universidades norteamericanas para preservar los derechos de las minorías, y basada en la discriminación positiva, está siendo reemplazada por la noción, más adecuada a la sociedad global, de multiculturalismo plural, fundamentada en relaciones multilaterales de igualdad, tolerancia y consenso a través del debate.

<sup>38</sup> Véase la nota 20.

del saber lleva, como estamos viendo ya, a las nuevas comunidades académicas globales, los castellano-parlantes estamos por mentalidad, formación y experiencia, mejor preparados que nadie, desde el segundo puesto del ranking de las lenguas utilizadas en Occidente por los usuarios de Internet, para jugar un papel inédito en la historiografía internacional, sobre todo si, desechando malos ejemplos, sabemos coexistir con otras lenguas a tono con las corrientes igualadoras que atraviesan el ciberespacio, expresión de la sociedad que viene.

El tercer rasgo del modelo de relaciones historiográficas internacionales que proponemos y practicamos es, obviamente, el trabajo en red, que hace posible el intercambio igual y el multiculturalismo historiográficos, por un lado, y la superación del individualismo que ha marcado, durante buena parte de los años 80 y 90, el trabajo del historiador, por el otro<sup>39</sup>.

Internet y las nuevas tecnologías pueden, y deben, actuar como contrapeso horizontal y transversal, de la verticalidad y la compartimentación inherentes a las viejas formas de asociación y comunicación académicas, con harta frecuencia jerárquicas, rígidas y lentas, y sin embargo necesarias por su dimensión presencial. Y no hablamos sólo de la comunicación a través de la Internet, donde los avances son notorios, sino del trabajo en red, es decir, de nuevas formas de trabajo colectivo en el campo de la investigación, tanto historiográfica como histórica, y de la organización y formación del consenso académico comunitario, tanto internacional como nacional. Es el momento, pues, de pasar del grupo local de investigación (dentro de un departamento o universidad) a la red temática de investigación (interuniversitaria, internacional)<sup>40</sup>, aprovechando Internet para multiplicar la agilidad de funcionamiento y la difusión de los resultados. Que es factible en un tiempo relativamente breve construir comunidades académicas caracterizadas por su influencia global, lo demuestra la experiencia de

<sup>39</sup> Las diferencias individuales de criterios, e intereses varios, que dificultan la formación de verdaderos equipos colectivos en departamentos, institutos y facultades, se están superando con cierta facilidad en las relaciones académicas que se establecen en la red entre colegas de diferentes universidades y países con criterios e intereses más comunes y menos competitivos.

<sup>40</sup> Después de la primera experiencia del Grupo Manifiesto para la elaboración, seguimiento y desarrollo de un texto historiográfico común, nos planteamos crear, en el interior de la red HaD, grupos de investigación en red sobre temáticas históricas e historiográficas para experimentar enfoques innovadores y llevar a la práctica empírica los postulados metodológicos y teóricos del Manifiesto.

Historia a Debate, doble ejemplo de red temática de reflexión e investigación historiográfica, y de comunidad internacional de historiadores fundamentada en el debate<sup>41</sup>, con un alto grado de conciencia de pertenencia que nos ha permitido avanzar con una definición propia (y abierta) de la escritura de la historia y del oficio de historiador en la era global, en proceso de difusión (y reelaboración permanente) a través de la red. Junto con la constitución de nuevos grupos y comunidades virtuales, otra novedad del trabajo académico en red, virtual también en el sentido de posible<sup>42</sup>, es su enorme potencial para la difusión de investigaciones e ideas<sup>43</sup>, tanto personales<sup>44</sup> como colectivas, que la propia red HaD todavía no ha desarrollado plenamente.

### *Historiografía crítica*

El cambio de paradigmas historiográficos en curso se inserta en un acelerado cambio histórico que va desde la caída del Muro de Berlín hasta la caída de las Torres Gemelas, y no sabemos lo que nos reserva el porvenir<sup>45</sup>. 1989 supuso un antes y un después, pero a continuación se sucedieron hechos históricos asimismo trascendentales, de signo diverso, hasta el 11 de septiembre de 2001, otro gran punto de inflexión política, social y de mentalidades, en un movimiento histórico adelante-atrás que influye altamente en la escritura de la historia y el oficio de historiador, y cuya evolución

<sup>41</sup> Una gran parte de las listas académicas de correo electrónico se reducen a la difusión de convocatoria de congresos, libros, consultas bibliográficas y otras informaciones, desde luego profesionalmente útiles, pero alejadas del propósito inicial de las “listas de discusión”.

<sup>42</sup> No solemos emplear mucho el término “virtual” en HaD por su significación de “no-real”, al entender que lo digital es tan parte de lo real como lo presencial, utilizamos aquí la vieja acepción de lo virtual referida a lo que “no es” pero “puede ser”, que define mejor a Internet, medio de comunicación en sus comienzos donde lo técnicamente posible está todavía limitado por la lenta adaptación mental de nosotros usuarios.

<sup>43</sup> Partimos de que la historia se hace con documentos e ideas, reconstruyendo mentalmente los hechos e incluso las fuentes históricas.

<sup>44</sup> Mi experiencia con los 50 trabajos breves de investigación y reflexión, histórica e historiográfica, colgados de mi web personal ([www.cbarros.com](http://www.cbarros.com)) es, a este respecto, espectacular: la red ha multiplicado cuando menos por mil el número de lectores reales de los artículos, en su mayoría ya publicados en revistas académicas tradicionales.

<sup>45</sup> La guerra unilateral que está preparando, en estos días de enero de 2003, los Estados Unidos contra Irak está llena de graves interrogantes en cuánto a sus efectos sobre la naciente división de Occidente o la delicada situación en Oriente Medio, y algunas certezas sobre el impulso que puede suponer para el ascendente movimiento anti-globalización.

última exige, en conclusión, una nueva historiografía crítica que haga un seguimiento de la historia que nos toca vivir y que reaccione con energía frente a sus efectos inmediatos, y por lo tanto reversibles, como el retorno de la vieja historia, la pérdida de autonomía del historiador frente a los diferentes poderes y el relevo generacional de la próxima década.

Lo viejo y lo nuevo se revuelven de tal manera en la salida de la crisis historiográfica de finales del siglo XX que asistimos al extraño fenómeno de una vieja historia, difundida por el historicismo alemán a finales del siglo XIX, que retorne cien años después como la última “novedad” historiográfica- según decimos en el preámbulo del Manifiesto-, tanto en temas (biografía) como en enfoques (empirismo), lo que nos obliga a un criticismo remozado que, desde el más exquisito respeto académico por todas las formas de escribir la historia, plantee una y otra vez el inexcusable debate<sup>46</sup> de si tiene algún sentido científico que la historia del siglo XXI sea la historia del siglo XIX<sup>47</sup>. Operación que consideramos fracasada de antemano porque el contexto histórico en el que nació el positivismo, hace ya más de un siglo, no tiene nada que ver con el mundo global que viene, y porque no se pueden borrar los miles y miles de buenos artículos y libros que han producido las hegemónicas historiografías del siglo XX, por mucho que hayan tenido su propia responsabilidad en este imprevisto “giro conservador” que será un episodio efímero de la transición historiográfica del siglo XX al siglo XXI si somos capaces de actuar crítica y consecuentemente: “regresando al futuro” con lo mejor de las nuevas y viejas historias.

Desde el punto de vista interno, el retorno de la vieja historia es consecuencia directa de las crisis de la escuela de Annales<sup>48</sup>, del marxismo historiográfico, del estructuralismo que tanto influyó en ambos movimientos, y del neopositivismo cuantitativista, y de la subsiguiente fuga hacia adelante -que resultó hacia atrás- de un posmodernismo historiográfico que

<sup>46</sup> La perenne falta de debate historiográfico, salvo en HaD (de manera permanente) y en algún otro lugar (esporádicamente), hace permanecer ocultas las razones últimas (a veces poco defendibles en público) de los cambios de temas y enfoques, en perjuicio de la disciplina y su futuro.

<sup>47</sup> Cuando hablamos del retorno del positivismo y de las “grandes figuras de la historia” tomamos como referencia la “revolución historiográfica del siglo XX”, a sabiendas que algunos colegas han permanecido siempre fieles a una historia tradicional o se han adaptado en los años 70 de mala gana a una historia económico-social...

<sup>48</sup> El fracaso del *tourant critique* de 1989 certifica la irreversibilidad de la crisis de Annales como escuela historiográfica, al menos en el plazo corto (veáse la nota).

predicó el “todo vale”, enalteció la fragmentación, negó dogmáticamente la objetividad y la científicidad de nuestra disciplina, propugnando como solución final la reincorporación -suicida para la historiador de oficio- de la historia al campo de la literatura, alejando a los historiadores del compromiso con el mundo en que vivimos, abandonando, en definitiva, la utilidad social y científica que legitima la existencia de una historia profesional en el sistema de investigación y enseñanza<sup>49</sup>.

Un argumento recurrente de los partidarios actuales, más o menos explícitos, del “retorno a Ranke” consiste en aducir la complejidad de su discurso historiográfico. Lo cierto es que su propuesta historiográfica ganó justamente una gran difusión<sup>50</sup> por todo lo contrario, por su gran claridad en dos puntos que dieron origen al mito positivista sobre la historia y sus hacedores: 1) El objetivismo de origen teológico -“la historia es religión”, escribió Ranke en su Historia alemana en tiempo de la Reforma- que define una historia esencialista cuya tarea no es la “de juzgar el pasado”, ni la “de instruir el presente en beneficio de las edades futuras” (como después propugnó el marxismo y en cierta medida Annales), si no mostrar el pasado “tal como fue” (prólogo a Historias de los pueblos latinos y germánicos). 2) El factor decisivo de la historia son “los grandes hombres”, véase al respecto la antología de Ranke que publicó W. Roces como Grandes figuras de la historia<sup>51</sup>, entresacando de sus historias nacionales y “universales” retazos biográficos que constituían el esqueleto de sus obras. Ranke decía ciertamente que “los acontecimientos se desarrollan por la acción combinada de la energía individual y las condiciones del mundo objetivo” (prólogo de Historia de Wallenstein), pero hacía otra cosa: no escribía historia social sino historia meramente política centrada en los grandes hombres

<sup>49</sup> En un trabajo anterior, resultado de conferencias dictadas en 1998, hemos valorado el posmodernismo de manera más equilibrada (“Hacia un nuevo paradigma historiográfico”, Memoria y civilización, Pamplona, nº 2, 1999, pp. 223-242), posición que ha devenido en otra más crítica al percatarnos (II Congreso, 1999) del salto del “giro lingüístico” a la historia-ficción, y al tomar colectivamente plena conciencia, después del 11 de setiembre, de la inanidad del posmodernismo para combatir los nuevos fundamentalismos.

<sup>50</sup> Difusión sustentada en la geopolítica de finales del siglo XIX, al igual que sin la derrota alemana en las dos grandes guerras del siglo XX no hubiese sido posible la irradiación posterior de la escuela de Annales, nacida en Estrasburgo en el periodo de entreguerras, y parte de lucha cultural francesa contra la herencia alemana en Alsacia y Lorena.

<sup>51</sup> Leopold von RANKE, Grandes figuras de la historia, México-Barcelona, 1966.

del momento. Así, por ejemplo, estudia la Reforma a través de Lutero y “nos dice muy poco de la masa del pueblo” o de la revuelta de los campesinos<sup>52</sup>. No es la única paradoja rankeana, asegura el autor de la frase mítica de la historia “tal como fue”, que “quisiera suprimir mi propio yo”<sup>53</sup> cuando investiga, pero la realidad es que Ranke dirige, entre 1832-1836, una Revista histórico-política con Federico Carlos Savigny<sup>54</sup> para defender con, artículos políticos y estudios históricos<sup>55</sup>, la Restauración y combatir las ideas liberales de origen francés desde un conservadurismo explícito de tipo político, nacionalista y teológico<sup>56</sup>, y por supuesto historiográfico<sup>57</sup>.

Debemos juzgar a Ranke, a sus discípulos de ayer y de hoy, del mismo modo que habremos ser juzgados nosotros, por lo que hacemos no solamente por lo que decimos, sin perder de vista el contexto: reconociéndole sus méritos como historiador de archivo, extraordinarios en un romántico siglo XIX que no hacía distinciones entre historia y novela, a pesar de la ingenuidad o del autoengaño que entraña pretender, contradiciendo su propia experiencia, que la vida no ha de actuar sobre la ciencia, solamente la ciencia sobre la vida (discurso necrológico dedicado a Gervinus). El cientifismo de Ranke “fracasó” porque la historia es, como bien sabemos, una ciencia con sujeto (punto I del Manifiesto), si bien el concepto objetivista de ciencia del tiempo de Ranke se puede comprender por reacción a la historia subjetivista, sin documentos, que imperaba en aquel tiempo. Disculpa que

<sup>52</sup> George P. GOOCH, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, México, 1977 (1ª ed. En inglés, 1913), p. 96.

<sup>53</sup> *Grandes figuras de la historia*, p. 15.

<sup>54</sup> Fundador el historicismo alemán, jurista y político conservador, cuyo concepto reaccionario de la historia fue criticado por Marx en 1842, siendo Federico Carlos Canciller de Prusia, así: “de tal manera que los que se pide al navegante no es seguir la corriente, sino retroceder a las fuentes”, José Antonio ESCUDERO, *Curso de historia del derecho. Fuentes e instituciones político-administrativas*, Madrid, 1985, p. 56.

<sup>55</sup> Doble manera de hacer la historia (inmediata) que algunos de los seguidores actuales de Ranke pretenden negar de forma inconsecuente a historiadores de ideología y filiación historiográfica diferente a la suya.

<sup>56</sup> George P. GOOCH, *op. cit.*, pp. 90-91.

<sup>57</sup> El historicismo y el positivismo son enfoques convergentes y complementarios de una misma filosofía objetivista de la ciencia del siglo XIX, que absolutizan el relativismo histórico de los hechos (historicismo) sólo deducibles empíricamente (positivismo), negando al alimón la influencia de los valores éticos, sociales, religiosos y políticos, o la posibilidad de valores y leyes universales, en las ciencias jurídicas, históricas y sociales.

no tendrían los actuales partidarios del “retorno a Ranke” cuyos argumentos parecen ir más dirigidos contra las viejas y supuestamente derrotadas historiografías marxista y annaliste que contra los recientes ataques del posmodernismo y narrativismo más montaraces a cualquier lectura o relectura de la historia como ciencia.

Cuatro son las reacciones de los historiadores profesionales frente al “retorno a Ranke” anunciado desde los primeros atisbos de crisis de Annales y del materialismo histórico a finales de los años 70<sup>58</sup>: 1) considerar este retorno de manera positiva como un mal menor, última certeza del oficio en crisis por causa de la “ofensiva” literaria, cuando no regreso triunfal, secretamente deseado, de la alternativa salvadora frente a la confusión reinante y la desvalorización de la historia-ciencia; 2) juzgarlo negativamente, un mal mayor a combatir por su carácter reaccionario en términos historiográficos y políticos; 3) aplicar nuevos enfoques a este regreso de las temáticas tradicionales, descalificadas acervamente en su momento por Annales y otras nuevas historias, argumentando ahora que “todo es historia” y que se puede y se debe hacer una nueva historia política<sup>59</sup>, biográfica, narrativa, institucional, militar...; 4) cambiar simultáneamente las viejas temáticas y los viejos enfoques, más allá del positivismo y más allá de las nuevas historias de los 70, reconstruyendo, mediante una práctica mixta, global, intradisciplinar, el paradigma historiográfico básico, que es la posición del Grupo Manifiesto de HaD. La vieja y la nueva historia, la historia política y la historia económico-social, la historia de las grandes individualidades y de la gente común, no se pueden “conciliar” sin cambios radicales en la matriz disciplinar de la historia, por eso llamamos también a nuestra propuesta “nuevo paradigma”.

<sup>58</sup> Lawrence STONE, “The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History” *Past and Present*, n° 85, 1979; Hervé COUTAU-BEGARIE, *Le phénomène “nouvelle histoire”. Stratégie et idéologie des nouveaux historiens*, París, 1983, p. 320; Juan Pablo FUSI, “Por una nueva historia: volver a Ranke”, *Perspectiva Contemporánea*, n°1, 1988; el retraso en la materialización del fantasma del “retorno de la vieja historia” se explica tanto por la prolongación de la crisis de la nueva historia como por la falta de una coyuntura política e ideológica adecuada -hasta 1989- para el “ajuste de cuentas”.

<sup>59</sup> Una buena parte de la nueva historia política del mayor interés, entendida como historia del poder guarda, pese a todo, esa visión “desde arriba” que incapacitó a la vieja historia política para comprender la complejidad social y mental de los cambios políticos.

Jacques Le Goff presentó en el I Congreso de HaD (1993) una ponencia sobre la necesaria recuperación de los géneros tradicionales con otros tratamientos metodológicos: especie de autocritica de la escuela de Annales por uno de sus últimos representantes. Renovar las viejas temáticas sigue siendo una línea interesante, productiva, que nosotros ampliaríamos incluso a la historia narrativa<sup>60</sup>, aunque claramente insuficiente, inclusive contraproducente por sus consecuencias historiográficas y no historiográficas, que el historiador colectivo ha de aprender a valorar. No hay que olvidar que el retorno a la vieja historia no es tanto la conclusión de un debate entre historiadores como el resultado de presiones extra-académicas a través de los grandes medios de publicación y difusión de la historia. De forma que si la biografía histórica “se vende” (en términos económicos y políticos) y, como ha pasado en España<sup>61</sup>, es el género historiográfico más frecuentado, ¿de qué sirve incluir el contexto social, o incluso mental, al tratar la historia de un “gran hombre”, buscando la renovación del género, si los anaqueles de las librerías, los suplementos de libros de los periódicos y los boletines de novedades editoriales están anegadas de biografías tradicionales de “grandes hombres”? Aunque no sea así, si el centro del estudio de un reinado (medieval, moderno, contemporáneo o actual) es el Rey, ¿dónde colocamos el protagonismo colectivo, la sociedad en su conjunto? De telón de fondo, en el mejor de los casos. Para evitarlo no hay más solución que cambiar a la vez el continente y el contenido, experimentando, creando géneros historiográficos mixtos<sup>62</sup> donde lo individual y lo colectivo, lo político y lo social, se equilibren mejor, mezclándose químicamente, que en los viejas

<sup>60</sup> Somos partidarios de experimentar una “nueva historia narrativa” con cambios respecto de la forma y del fondo tanto respecto de la vieja historia narrativa como de la actual novela histórica, Carlos BARROS, “El retorno de la historia”, *Historia a debate. I. Cambio de siglo*, Santiago, 2000, pp. 153-173.

<sup>61</sup> Lo decimos en pasado porque las movilizaciones de la sociedad civil, la universidad y del mundo de la cultura, iniciadas en noviembre de 2001 en España (véase la nota), están cambiando el panorama político y harán lo mismo, con seguridad, con el panorama historiográfico en favor de un retorno del sujeto social en la historiografía española que hemos detectado anticipadamente en “El retorno del sujeto social en la historiografía española”, *Estado, protesta y movimientos sociales*, Zarautz, 1998, pp. 191-214; “*Spanisch Historiography*”, *Swiat historii*, Poznan, 1998, pp. 35-62.

<sup>62</sup> Sobre la definición de historia mixta daremos a conocer mejor el porqué de este nombre y su contenido metodológico, como una de las expresiones prácticas del nuevo paradigma de HaD, en la publicación de nuestra conferencia en el VII Curso de Verano de Balaguer (Cataluña), *Medievalisme: noves perspectives*, organizado por Flocel Sabaté y Joan Farré, en julio de 2002.

clasificaciones de las especialidades históricas aisladas entre sí por decenios de vidas separadas. Respecto al “mercado del libro”, dios supremo de las orientaciones historiográficas para las grandes editoriales y los colegas más neoliberales, está por demostrar que al público lector le interesa más saber del Rey que del campesino, de las grandes batallas que de la vida social o de las maneras de pensar, sentir o actuar de la gente normal como ellos<sup>63</sup>.

Ante tanto “retorno”, recobran hoy desde luego una inesperada actualidad las críticas magistrales a Ranke, Langlois, Seignobos o Menéndez Pidal, hechas por las grandes escuelas historiográficas del siglo XX. La nueva historiografía crítica que proponemos y practicamos en el siglo XXI ha de enseñar a los historiadores en formación, nuestros alumnos, que la historia no es conocer el pasado “tal como fue”, ni se hace sólo con documentos, ni sus protagonistas se pueden reducir a reyes, grandes intelectuales (incluidos grandes historiadores) y jefes de Estado, que encarnen valores esencialistas de naciones ahistóricas. Sin por ello creer que reeditando la historia social y económica de los años 60 y 70 solucionaremos el problema epistemológico (y político), puesto que fueron sus excesos (v.g. objetivismo, determinismo, economicismo), errores (v.g. la vieja e “idealista” historia total) e incapacidades ante nuevas innovaciones (v.g. historia oral, historia ecológica, historia de las mujeres, historia inmediata, historia digital), lo cual, junto a la falta de beligerancia crítica-autocrítica de los nuevos historiadores conforme alcanzan el poder académico, facilitó el retorno de la aparentemente vencida “historia historizante” en una coyuntura histórica favorable.

Probablemente jamás la historiografía fue tan sensible a los extramuros de la academia. El declive del compromiso cívico<sup>64</sup> de los nuevos historiadores, elemento coadyuvante de la crisis de las vanguardias de los años 60 y 70, ha dado paso a finales de los años 90, tras un paréntesis posmoderno, a cierto compromiso del historiador con una sociedad política y mediática que necesita de la historia para re-legitimar discursos y políticas nacionales

<sup>63</sup> Tenemos como referencia el éxito comercial de la literatura histórica, y de la literatura en general, cuyos autores suelen reflejar a todas las clases sociales y ámbitos de la realidad, buscando la identificación con el “mercado” más amplio.

<sup>64</sup> Expresión feliz por Paulino Iradiel en la conferencia inaugural del curso de verano sobre nuevas perspectivas del medievalismo al que hicimos mención en la nota .

zarandeados por el torbellino de la globalización y de la contestación étnica, nacional o regional, en el interior de los viejos Estados-nacionales. No habrá, por consiguiente, rearme de la historiografía crítica sin recuperar (punto VIII del Manifiesto) la autonomía de los historiadores e historiadoras “para decidir el cómo, el qué y el por qué de la investigación histórica”. Decimos autonomía y no soberanía, por que no pensamos, como es obvio, que el historiador pueda o deba ser independiente de la sociedad y de la política. Sencillamente nos inquieta que la función social y política del historiador haya estado, en los últimos años del siglo XX, demasiado hipotecada por las políticas historiográficas de determinados poderes políticos, grandes editoriales y medios de comunicación social<sup>65</sup>, en detrimento de la relación antes privilegiada del historiador con la sociedad civil y sus necesidades historiográficas, en detrimento de la autonomía del historiador para valorar y decidir sobre los efectos no académicos de su trabajo que puedan resultar más beneficiosos o más perjudiciales para nuestros conciudadanos. Lo que está en juego no es sólo el respeto a la pluralidad historiográfica y política en nuestro campo académico, también el futuro de nuestra disciplina: no es casual que la expansión de los estudios de historia coincidiera, en los años 70 y parte de los 80, con un compromiso más social de los historiadores, y que los actuales problemas en las carreras de historia, y de otras humanidades, se correspondan en el tiempo con el regreso de la historia acontecimental y “heróica”<sup>66</sup> de la mano del fundamentalismo del mercado y de los poderosos medios políticos e informativos que le siguen siendo fieles.

¿Cómo contrarrestar efectos externos tan nocivos desde la propia historiografía?

Lo primero es organizarnos en comunidades y tendencias basadas en proyectos historiográficos: individualmente somos una pluma en el viento. Historia a Debate es una comunidad organizada de historiadores de todo el mundo con el fin, entre otros, de reconquistar el margen que nos correspon-

<sup>65</sup> El caso más llamativo, en España, es El País que abandonó, hacia 1995, su anterior política cultural e historiográfica con ciertas ambiciones intelectuales; alejamiento del pensamiento crítico que se hace más evidente y paradójico conforme la sociedad, la cultura, la juventud y la universidad españolas, se hacen más críticas en este nuevo siglo..

<sup>66</sup> Sobra decir que para este tipo -clásico, infradivulgativo- de historia narrativa y biográfica no se necesitan historiadores profesionales, de hecho sus autores actuales siguen siendo en muchos casos escritores, periodistas y otros aficionados a la historia.

de para decidir sobre el qué, el cómo y el para qué de nuestras investigaciones, publicaciones y prácticas educativas, sabedores de que escribiendo y enseñando la historia estamos contribuyendo, queramos o no, a cambiar la historia.

Lo segundo es promover compromisos éticos con los nuevos movimientos sociales, locales, nacionales y globales, con esa sociedad civil que busca nuevas formas de participación democrática en la política y en la historia, compensatorios de otros compromisos, asimismo legítimos, con las opciones políticas y los poderes establecidos. Procurando nuevas formas de compromiso historiográfico del tipo de la Historia Inmediata de HaD en su doble faceta de debates digitales entre historiadores que opinan como ciudadanos sobre hechos relevantes del presente<sup>67</sup>, y de nueva línea de investigación histórica de acontecimientos que vivimos en directo y afectan a la historia y a la historiografía<sup>68</sup>. Porque debemos ser sensibles como historiadores, apoyando desde la academia y analizando día a día lo que nos rodea, el actual resurgir de una sociedad civil que habrá de asegurarnos el contrapunto necesario para poder ejercer libremente, con la suficiente autonomía, el oficio de historiador en la nueva sociedad de la información.

Lo tercero es utilizar los medios alternativos<sup>69</sup> de comunicación social que nos ofrecen las nuevas tecnologías para organizarse y propagar aquellas ideas y producciones históricas e historiográficas que medios tradicionales pueden juzgar demasiado académicas y/o demasiado críticas.

Siempre dentro del pluralismo historiográfico y político que Historia a Debate propone, predicando con el ejemplo de los debates diarios en Internet y de la diversidad de los ponentes en nuestros congresos o en el mismo seminario compostelano. Es hora de dejar atrás el sectarismo académico,

<sup>67</sup> Véase el apartado de Historia Inmediata de nuestra web, especialmente el debate modélico sobre Chávez y la situación actual en Venezuela.

<sup>68</sup> Hemos tratado de definir el concepto de Historia Inmediata, partiendo de la experiencia colectiva de HaD y en relación con otros conceptos próximos (historia del tiempo presente, historia actual, historia reciente), en la ponencia ¿Es posible una Historia Inmediata?, II Seminario Nuestro Patrimonio Común, organizado por Julio Pérez Serrano y la Asociación de Historia Actual (Cádiz, 22-25 de abril de 2002).

<sup>69</sup> Sobre decir de nuevo que no excluimos a los medios escritos de comunicación siempre permeables, en contextos democráticos, a la pluralidad cultural y política, y sensibles, en último extremo, a los fenómenos emergentes desarrollados en Internet: el caso más cercano a HaD es la campaña en favor de Dargoltz y los ejemplos más notorios son el movimiento antiglobalización y el movimiento global "Somos Iglesia", entre otros.

nacional o político, que caracterizó en mayor o menor grado a la historiografía del siglo XX. Debemos basar en el debate y el consenso las relaciones entre las diferentes áreas de conocimiento y maneras de entender la escritura de la historia, así como su relación con la sociedad y la política, en definitiva todos hacemos y enseñamos historia, dependiendo también el futuro de nuestra disciplina de su cohesión interna, de nuestra competencia para organizar la unidad en la diversidad disciplinar.

En el punto XII de nuestro Manifiesto nos referimos al relevo generacional inexorable que los demógrafos prevén afectará, entre los años 2010 y 2020, a los puestos de investigación y docencia en todos los niveles de la enseñanza, suponiendo el reemplazo de la generación nacida del baby-boom que siguió a la II Guerra Mundial, marcada por los acontecimientos del 68. Si se produjese en este momento dicho cambio generacional reforzaría más bien el “giro conservador” que estamos viviendo y criticando, por la propia confusión paradigmática todavía existente entre lo viejo y lo nuevo. ¿Qué podrá ocurrir dentro de diez o quince años?

El escenario económico-político-académico más inverosímil y nefasto sería un crescendo privatizador que recorte drásticamente los estudios de historia y otras disciplinas humanísticas sin utilidad “productiva”, dejando un reducto de funcionarios eruditos... y un incremento de los historiadores no profesionales o desprofesionalizados. Decimos inverosímil porque la globalización neoliberal ya no es lo que era: Porto Alegre es ya tan importante como Davos. Las resistencias sociales e institucionales que se han levantado frente a una globalización económica insensible a los desastres sociales y culturales que ocasiona, en un tiempo excepcionalmente breve (1999-2003), se van a incrementar en el futuro porque responden a causas tecnológicas, económicas, culturales y políticas que están aún en sus comienzos, como todo lo que tiene que ver con la globalización, o las globalizaciones, en curso. En todo caso, la universidad sabrá siempre defender su carácter de servicio público, de lo cual depende el futuro de la historia y de otras ciencias humanas y sociales, como se ha demostrado en España con la movilización de estudiantes, profesores y rectores, contra la Ley Orgánica de Universidades, en noviembre/diciembre de 2001<sup>70</sup>.

<sup>70</sup> Véase la nota 61.

El escenario más probable y deseable para la segunda década del nuevo siglo es que la globalización haya encontrado la manera de contrarrestar sus dimensiones más desiguales, imperiales y economicistas, si no continuará la lucha entre las diversas formas de entender la nueva sociedad global, puede que ambas cosas a la vez, ya veremos en que grado. En cualquiera de los casos, la universidad continuará ejerciendo su función secularmente humanista, en el marco de las nuevas tecnologías y las nuevas realidades, la historia se investigará y se enseñará de otros modos, sin perder de vista el presente y el futuro, que no se pueden comprender cabalmente sin el pasado. Siempre y cuando, naturalmente, que eludamos el bando de los pesimistas, generalmente interesados, y sigamos practicando, con inteligencia, el optimismo de la voluntad, preparando a los jóvenes para la historia que viene, cada vez menos protagonizada por los viejos Estados-nación, en relación con los cuales nació la historiografía positivista en el siglo XIX.

A mí como profesor me preocupa el conservadurismo de una parte de los alumnos, lo suelo decir en mis clases, aclarando que no me refiero a lo estrictamente político: el conservadurismo historiográfico es compartido a menudo por jóvenes de ideas políticas diferentes, inclusive opuestas. Muchos estudiantes llegan a la facultad, a veces sin vocación para la historia, con ideas bastantes simples (nombres y lugares, datos y datas) de lo que es la historia, y, hay que reconocerlo, no siempre logramos dotarlos de conceptos y conocimientos más profundos, si bien no suele faltar una minoría interesada por una historia más ambiciosa, renovadora y comprometida<sup>71</sup>, de la cual deberían salir -venimos a decir en el punto XII del Manifiesto- los profesores e investigadores que en su momento nos releven. Hacemos pues un llamamiento a nuestra responsabilidad como profesores, tutores y directores de investigaciones, para educar a nuestros estudiantes avanzados a no idolatrar las fuentes, a innovar metodológicamente, a investigar con hipótesis y conclusiones, explicaciones y reflexiones, a no escribir la historia al margen de la vida, a renovar tanto la vieja historia que vuelve como la nueva historia que se nos ha quedado vieja. Tarea nada fácil para

<sup>71</sup> Esta idea de combinar la innovación metodológica y el compromiso ético-social del historiador es uno de los ejes fundamentales de la propuesta historiográfica de HaD: problema historiográfico que las corrientes de Annales y del marxismo supieron plantear pero no siempre resolver sin sacrificar una u otra cosa, pensamos que las condiciones objetivas y subjetivas son más propicias en el siglo XXI.

llevarla a cabo a título individual. Son necesarios proyectos colectivos de carácter intergeneracional porque hoy lo joven y lo nuevo, a diferencia del 68, no siempre van juntos: decíamos en el citado apartado del Manifiesto que nos encontramos con frecuencia con historiadores jóvenes con conceptos decimonónicos y otros menos jóvenes con interés permanente por lo nuevo...

No creemos estar exagerando el conservadurismo historiográfico entre los jóvenes que quieren ser historiadores: es el reflejo aumentado, entre otros factores, del “giro conservador” (por la vía de los retornos o por la vía posmoderna) que ha sufrido parte de la historiografía renovadora de Annales y del marxismo, influyendo negativamente en la formación de los alumnos. ¿No es cierto acaso que, en los tribunales para puestos docentes o tesis doctorales, se valora cada vez más la erudición y el uso de fuentes, y cada vez menos la renovación del método o la profundidad del análisis, por no hablar de la actualidad del tema o de su interés para el futuro? Para invertir esta situación tenemos a nuestro favor, desde un punto de vista intergeneracional<sup>72</sup>, datos recientes que inciden positivamente en el relevo generacional en ciernes: 1) una parte de la nueva generación está comprometiéndose de nuevo en la lucha -con rasgos distintos al 68- por un mundo mejor, lo que supone proyectos colectivos y opciones de cambio para la historia y para su escritura<sup>73</sup>; 2) una parte de la generación intermedia nacida hace 40 años, con dos o tres décadas por delante de vida académica y civil, ocupará los puestos académicos claves en el momento del relevo demográfico y está resultando ya sensible a las muchas novedades del siglo<sup>74</sup>; 3) la generación del 68, heredera directa de la experiencia y las (des)ilusiones de la segunda revolución historiográfica está y estará presente en el cambio historiográfico que proponemos, unos animándolo y otros frenándolo, lo

<sup>72</sup> Si, como suscribimos en el punto XII del Manifiesto, “la generación del 68 fue más bien una excepción” por tratarse de una ruptura generacional neta, cualquier cambio futuro, histórico o historiográfico, será de entrada intergeneracional, está por ver el peso que van a tener en él las diferentes generaciones.

<sup>73</sup> Nos referimos a la nueva generación solidaria que salió a la luz en Seattle (1999) cuyo desarrollo crítico, impacto global e influencia académica marcarán, ya veremos en qué grado y momento, el nuevo paradigma histórico en construcción.

<sup>74</sup> Constituye en este momento la base mayoritaria de nuestro movimiento historiográfico, aunque es difícil saber en qué medida será capaz de sacudirse la formación individualista recibida para protagonizar públicamente un cambio historiográfico colectivo (véase la nota 12).

estamos viendo ya, confiamos en que los primeros predominarán conforme el contexto se siga mostrando favorable y crecientes corrientes colectivas, fuera y dentro de la academia, nos empujen hacia adelante demostrándose finalmente que las historiografías de los años 60 y 70 no han sido tan derrotadas por la historia como nos quieren hacer ver los posmodernos y/o premodernos más extremos, aunque ciertamente requieren, tres décadas después, una actualización autocrítica, en cualquier caso menos severa - desde la óptica de HaD- que la que nos quieren imponer el positivismo decimonónico o el subjetivismo absoluto de la posmodernidad.

### *Historiografía autocrítica*

En HaD no concebimos una historiografía verdaderamente crítica que no sea autocrítica, ni creemos que tenga futuro, después de la experiencia intensa y dramática del siglo XX, un pensamiento crítico que deje fuera de la crítica sus propias bases paradigmáticas y, lo que es peor, sus prácticas y su propia historia.

Decimos en el punto X del Manifiesto que nos consideramos herederos de la revolución historiográfica del siglo XX. La gran mayoría de los miembros del GM y del conjunto de la red HaD nos hemos formado en la escuela de Annales, en el marxismo y otras tendencias renovadoras emergentes que facilitaron la conversión del positivismo ingenuo de Ranke en el neopositivismo de la historia cuantitativa y el método hipotético-deductivo. Y nos consideramos los mejores herederos de estas nuevas historias porque nos hacemos cargo asimismo de sus deudas y de sus fracasos. Nos negamos a facilitar el trabajo a los que quieren hacer tabla rasa de nuestro pasado histórico e historiográfico. De Annales y del materialismo histórico quedará más o menos huella en la escritura de la historia de este nuevo siglo en la medida en que seamos capaces de realizar ahora un justo balance historiográfico con los ojos puestos en el futuro.

Hablemos primero de los éxitos, de la actualidad renovada a comienzos del siglo XXI de la vieja crítica elaborada por los nuevos historiadores ante el (transitorio) retorno de las posiciones historiográficas de Ranke, Langlois, Seignobos o Menéndez Pidal. Yo, como otros colegas, todavía utilizo en clase La introducción a la historia de Marc Bloch (traducción española de

Apologie pour l'histoire ou Métier d'historien, escrito 1942), Combates por la historia de Lucien Febvre (1953) o ¿Qué es la Historia? de E. H. Carr (1961), los compendios de metodología histórica e historiografía de la escuela de Annales y del marxismo historiográfico más divulgados. Obras redactadas hace más de medio siglo, que no reflejan por tanto la evolución de estas corrientes historiográficas durante su expansión y su crisis, y menos todavía los avances y debates más recientes, surgidos fuera de estas "grandes escuelas", pero que dicen más a los estudiantes inteligentes que algunos refritos recientes sobre historiografía contemporánea incapaces de mirar hacia adelante, de explicar la "crisis de la historia" y ofrecer alternativas, como sería su obligación. Han envejecido bien estos textos fundadores de la renovación historiográfica pero han envejecido. No se trata, pues, de volver a la historiografía de la posguerra, difundida hacia los años 60 y 70 en el ámbito académico latino, sino de (re)construir un paradigma que resuelva por la base las contradicciones que hicieron fracasar parcialmente nuestra vieja nueva historia.

Lo primero que diría en cuanto a la parte negativa del balance de las vanguardias historiográficas que nos precedieron, tiene que ver con esa incapacidad congénita de nuestra disciplina para escapar del sempiterno movimiento pendular historia objetiva / historia subjetiva: las nuevas historias no han sido capaces, aunque se intentó, de ofrecernos una auténtica visión unitaria, articulada -"total", según se prometía- de la objetividad y la (doble) subjetividad en la historia, cayendo en continuas paradojas que nos fueron restando credibilidad, por no hablar de la vieja historia que ni siquiera lo intentó. El positivismo fue tan claramente objetivista en relación con las fuentes como subjetivista clásico al hacer prevalecer la historia acontecimental, política, narrativa y las "grandes figuras de la historia", cuando no la influencia directa de la religión y la política en la investigación autoproclamada neutral como en el caso de Ranke, según vimos. Sin demasiada mala conciencia porque lo que contaba, y cuenta para sus partidarios actuales, es el objetivismo epistemológico que relega al investigador a un papel de notario (conocer el pasado "tal como fue"), perfectamente compatible con las interferencias historiográficas de los intereses políticos de los Estados y las naciones decimonónicas, toda vez que se ocultaban, y ocultan, so pretexto de una acientífica separación entre el objeto y el sujeto de la historia escrita. Objetivismo que, avanzado el siglo XX, el

neopositivismo tampoco cuestionó al remitir el papel del sujeto cognoscente a la verificación empírica como criterio finalista de la verdad científica, contra la opinión posterior de Kuhn que sitúa la “última instancia” en las comunidades de especialistas, atravesadas por subjetividades de todo tipo. El pensamiento crítico teóricamente no positivista tampoco supo resolver este problema crucial en el pasado siglo.

Desde Marx y Engels, el materialismo histórico ha oscilado siempre entre el objetivismo y el subjetivismo, explicando los cambios de la historia ora por la lucha de clases (Manifiesto de 1848) ora por el choque estructural del desarrollo de las fuerzas productivas con las relaciones de producción (prólogo a la Contribución a la crítica de la economía política, 1859). Todavía, en 1978, los historiadores E. P. Thompson y Perry Anderson protagonizaron un conocido debate historiográfico y teórico entre un marxismo culturalista y un marxismo estructuralista, respectivamente, durante el cual Thompson llega al extremo de renunciar a la historia como ciencia<sup>75</sup>, distanciándose del propio Marx, dando por hecho que el término ciencia remite inevitablemente a empirismo, cientifismo y objetivismo, con lo que naturalmente no podemos estar de acuerdo, toda vez que no estamos de acuerdo con el viejo concepto de “ciencia sin sujeto” rebasado por la física en la primera mitad del siglo XX y por la filosofía de la ciencia en su segunda mitad.

Y del mismo modo que el marxismo historiográfico osciló entre una historia económico-social estructural (francesa) a una historia social de conflictos, revueltas y revoluciones (inglesa), la escuela de Annales evolucionó, a lo largo de sus fructíferos 60 años de historia (1929-1989), entre la misma historia económica y social de tendencia estructuralista, y una historia de las mentalidades que recupera el sujeto psicológico y antropológico al tiempo que, conforme la disciplina se fragmenta en mil pedazos, rompe sus conexiones con la historia social y económica. La dualidad está, como en el marxismo, en la matriz fundacional definida por Bloch y Febvre, quienes intentaron vagamente unir lo objetivo con lo subjetivo en una “historia total” que existió más bien en el mundo de las grandes ideas, sin casi relación

<sup>75</sup> E.P. THOMPSON, *Miseria de la teoría*, Barcelona, 1981 p. 68.

con la práctica empírica<sup>76</sup>: no generó una línea de investigación, fue pronto declarada “horizonte utópico”, sirviendo de coartada para la creciente fragmentación de disciplina, que hizo desaparecer en los años 80 del lenguaje historiográfico el viejo concepto de “totalidad”, de claro origen marxista, por efecto del péndulo infernal objeto versus sujeto que ha fracturado repetidamente las ciencias humanas y sociales, y muy especialmente la historia<sup>77</sup>. Llevar a la práctica un historia realmente global, objetiva-subjetiva, depurada de cualquier idealismo que sirva de coartada al continuo despiece de la historia, es uno de los grandes objetivos del Manifiesto de HaD (punto V) que también pretendemos desarrollar en el campo de la práctica empírica, sin abandonar la reflexión y el debate, mediante líneas de investigación de carácter objetivo/subjetivo como Historia Inmediata, Historia Mixta y otras.

En resumen, afirmamos autocriticamente que la escisión entre el objeto y el sujeto instaurada en nuestra disciplina por el viejo positivismo<sup>78</sup> no ha sido superada, ni en la práctica ni en la teoría, por la historiografía annaliste o marxista. ¿Existían realmente las condiciones objetivas-subjetivas para ello en el pasado siglo?

Desde principios del siglo XX, la nueva física del átomo y del cosmos ha dejado atrás el paradigma newtoniano<sup>79</sup>, que había informado el realismo ingenuo de la ciencia positivista, relativizando los conceptos de objetividad, espacio y tiempo, y trastocando radicalmente el viejo concepto de ciencia. Así y todo, la filosofía de la ciencia empezó a desarrollarse, con Popper, fiel al empirismo como criterio último y esencial para definir la

<sup>76</sup>Aunque no fueron enfocadas como historias totales, hay obras como *La sociedad feudal* de Bloch, *el Mediterráneo* de Braudel, *La civilización del Occidente medieval* de Le Goff o *la Calaluña en la España moderna* de Pierre Vilar, que podrían recuperarse críticamente, sobre nuevas bases paradigmáticas, como precedentes de aproximaciones globales de sociedades históricas.

<sup>77</sup> Todavía está por investigar a fondo porque la tradición positivista es, para bien y para mal, más profunda y persistente en la historia que, por ejemplo, en la sociología, la antropología o la psicología.

<sup>78</sup> Carlos BARROS, “El paradigma común de los historiadores del siglo XX”, *Medievalismo*, Madrid, nº 7, 1997, pp. 252-255.

<sup>79</sup> Debemos recordar que los fundadores de la ciencia moderna del siglo XVII, Newton y Descartes, eran profundamente religiosos, al igual que Ranke, y basaban su revolucionario concepto de ciencia -considerando el contexto histórico- en la creencia de que, a través de los experimentos físicos (la experiencia de las fuentes para los historiadores), conocemos una realidad verdadera, “perfecta”, un orden establecido por Dios creador omnisciente del universo y razón última de la historia humana.

verdad científica, concediendo al investigador un mayor margen de manobra en comparación con la célebre consigna rankeana del pasado “tal como fue”. Algunas tentativas del marxismo y de Annales de reintroducir el doble sujeto colectivo, agentes históricos e incluso historiadores<sup>80</sup>, han estado sobredeterminadas, justo es decirlo, por el economicismo y el estructuralismo imperante en los años 60 y parte de los años 70 en las ciencias sociales<sup>81</sup>, en el caso del sujeto histórico, y por la extraña pervivencia positivista del concepto de ciencia histórica (también entre los científicos sociales), en el caso del sujeto cognoscente. La nueva historia respetó en la práctica la escisión epistemológica objeto/sujeto difundida a partir de Ranke, lo cual hizo posible que Annales, por ejemplo, compartiera sin mayor conflicto con el neopositivismo historiográfico géneros y enfoques como la historia cuantitativa, las monografías regionales, la demografía histórica, y otras aportaciones historiográficas al paradigma común de valor en su momento historiográficamente nada desdeñables, hasta el punto que la historia cuantitativa o serial es considerada como uno de los emblemas de los “Terceros Annales” (1969-1989).

La impugnación de Popper y su neopositivismo, por parte de historiadores y filósofos de la ciencia, empieza seriamente en los años 60, es decir, décadas después de Heisenberg, Planck y Einstein, con la publicación de La estructura de las revoluciones científicas de Thomas S. Kuhn, cuyos nuevos conceptos de paradigma y revolución científica tienen alguna aplicación aislada, sin continuidad posterior, en el campo de la historia general en los años 70<sup>82</sup> a fin de explicar la emergencia de la nueva historia, hasta llegar a Historia a Debate. Desde el I Congreso<sup>83</sup> hemos asumido, profunda

<sup>80</sup> El esfuerzo por introducir los sujetos sociales fue mucho mayor que la atención prestada a los sujetos historiográficos; en los países y momentos de mayor influencia de Annales y del materialismo histórico no se resolvió el débil desarrollo científico de la “historia de la historiografía”, basada principalmente en enfoques positivistas de autores y obras; a las cuestiones del método, la historiografía y la teoría de la historia, pese a las proclamaciones en sentido contrario, no se les dedicó el tiempo que precisaban, lo que a la postre facilitó la crisis final.

<sup>81</sup> Véase “En el paradigma común de los historiadores del siglo XX”, pp. 255-262.

<sup>82</sup> V.g. George G. IGGERS, *New Directions in European Historiography*, Middletown, 1984 (primera edición, 1975); el autor se desmiente a sí mismo en *Historia a debate. I. Cambio de siglo*, Santiago, 2000, p. 343.

<sup>83</sup> Véase “La historia que viene” (*Historia a debate. I. Pasado y futuro*, Santiago, 1995, pp. 95-117) que es, en realidad, la conclusión del I Congreso por parte de su coordinador, texto redactado en 1994 y publicado como ponencia en las Actas.

y críticamente, las nuevas nociones de Kuhn para comprender el cambio de paradigmas en que estamos inmersos y dotarle de una salida hacia adelante<sup>84</sup>.

HaD es, sin duda, el intento más serio de la aplicación del método y de los conceptos (reformulados) de la historia pospositivista de la ciencia a la “historia de la historiografía”, en general, y a la historiografía inmediata, en particular: la propia expansión cuantitativa y cualitativa de HaD es inseparable del revolucionario enfoque historiográfico adoptado, que no es más que la consecuencia de la actualización científica en nuestro campo disciplinar.

Digamos que hay tres maneras, entrelazadas pero distintas, de hacer historiografía: I) estudio cronológico y temático de autores y obras (enfoque positivista); II) estudio evolutivo de tendencias (enfoque correspondiente a la nueva historia); III) estudio del cambio paradigmático en el conjunto de la comunidad de historiadores (enfoque del nuevo paradigma). En nuestra opinión la nueva historiografía (paso III) ha de integrar el análisis de tendencias (paso II) y el análisis de individualidades y sus “grandes obras” (paso I), incluyendo en consecuencia el estudio de los paradigmas singulares de los “grandes historiadores” y las “grandes escuelas” en los paradigmas comunes y plurales que definen la evolución pasada, presente y futura, de la disciplina de la historia. Diríamos incluso que más que hacer hincapié en lo que diferencia a los historiadores y sus tendencias entre sí, es menester estudiar lo que comparten -o pueden compartir, si estamos en una situación de crisis- en un momento dado la (s) comunidad (es) de historiadores en cuanto a conceptos, temas, métodos, elementos de teoría y demás valores y creencias disciplinares.

Debemos confesar que para un historiador del siglo XX no es fácil entender la actual historia de la ciencia, a Kuhn y a sus propuestas, sobre todo su concepto rupturista de verdad científica como producto del consenso -no siempre explícito- de la comunidad de especialistas, cuando fuimos educados, por muy avanzada que fuese la tendencia historiográfica de adhesión,

<sup>84</sup> Varios de mis trabajos individuales, que se nutren de los debates y las reflexiones de la red, tratan de seguir -desde “La historia que viene”- los avatares del cambio de paradigmas desembocando en la propuesta colectiva del Manifiesto 2001: “La historia que queremos”, Revista de Historia “Jerónimo Zurita”, nº 71, 1995, pp. 309-345; “Hacia un nuevo paradigma historiográfico”, Memoria y civilización, Pamplona, nº 2, 1999, pp. 223-242; “El retorno de la historia”, Historia a debate. I. Cambio de siglo, Santiago, 2000, pp. 153-173.

en la creencia de que la verdad es consecuencia de la verificación empírica... y punto. Se nos enseñó a infravalorar lo discutible que pueden ser las precondiciones, procedimientos y resultados, del trabajo empírico con sus temas y fuentes que requieren selección y crítica, interpretación y construcción. De ahí que los intentos de aplicar la nueva historia de la ciencia a la historia de la ciencia histórica, fuesen raros y tempranamente abandonados en favor de los enfoques clásicos de autores y obras, que ha dado lugar, todo hay que decirlo, a valiosas investigaciones empíricas que incluyen referencias a contextos institucionales, sociales y políticos.

La historia y la historiografía no serán realmente nuevas si no actualizamos los conceptos de historia como ciencia y de historia de la ciencia (histórica) integrando objetividad y subjetividad (punto I del Manifiesto). Existen hoy condiciones cualitativamente distintas<sup>85</sup>, la expansión global de HaD lo demuestra, para que entre los historiadores y los historiógrafos más avanzados se asuma de una vez el concepto pospositivista de ciencia, una nueva teoría de la historia como “ciencia con sujeto”, que seccione la infernal varilla del péndulo objeto/sujeto posibilitando, desde la autocrítica, una historia más global y, en consecuencia, una “historia de la historiografía” que tenga por objeto las comunidades de historiadores como instancia decisiva del proceso de conocimiento histórico.

El auge, y la necesidad, del pensamiento complejo favorecen asimismo las condiciones para trabajar intelectualmente con dos ideas a la vez -objeto y sujeto, pero no sólo- en la cabeza, cuando menos, a fin de pasar de los tradicionales análisis simples, que han abierto no pocas veces el camino al dogmatismo, a las síntesis complejas, lo que no quiere decir oscuras, ambigüas o eclécticas<sup>86</sup>. El problema no depende tanto de la inteligencia del investigador como de las estrategias de conocimiento que se apliquen,

<sup>85</sup> No se puede dejar de reconocer la aportación -pese a no ofrecer alternativas- de la crítica que ha hecho el posmodernismo de la ciencia, el concepto de verdad o la historia objetivista, cientifista.

<sup>86</sup> El pensamiento simplista suele confundir complejidad con ambigüedad, ignorando algo tan simple como que la mayoría de las palabras de los diccionarios poseen varias acepciones sin merma de la claridad conceptual, definida por el contexto, es precisamente el caso del término ‘historia’, objeto y sujeto del conocimiento histórico; el pensamiento simplista por lo mismo el término “eclecticismo”, como si no fuese científicamente bueno mezclar ideas diversas, incluso contradictorias, en determinadas circunstancias, como nos ha enseñado el principio de la “unidad de los contrarios” del viejo pensamiento dialéctico.

en nuestro caso, maneras superiores de pensar, investigar y escribir la historia. La innovación metodológica e historiográfica futura<sup>87</sup> pasa por esa historia mixta a que nos hemos referido supra, por la mezcla de dos o más líneas de investigación, temas y fuentes, enfoques o especialidades historiográficas. Juntando, por ejemplo, lo objetivo y lo subjetivo, la historia económico-social y la historia de las mentalidades, la historia a secas y la historia del historiador y sus circunstancias, puesto que la verdad histórica es doblemente relativa, a fuer de científica, según el diverso punto de vista de sus protagonistas (en el pasado) y el diverso punto de vista de sus investigadores (en el presente). La proporción y cualidad de la mezcla dependen, obviamente, del análisis concreto de cada caso histórico concreto, sin que ello quiera decir que no se puedan tirar conclusiones generales a revisar por historiadores e historiógrafos futuros.

¿Ciencia y relatividad? Nada perturba más al historiador positivista, consciente o inconsciente, que los condicionamientos subjetivos de la ciencia y de sus métodos, lo vimos anteriormente en el caso paradigmático de Ranke y lo hemos intuido hace años ante el desconcierto de algunos lectores, tanto profesores como alumnos, ante la tesis 3 de *La historia que viene*: “Es una falsa alternativa decir que la historia, como no puede ser una ciencia ‘objetiva’ y ‘exacta’, no es una ciencia”<sup>88</sup>. Ocho años después, verificamos que el punto I del Manifiesto proponiendo una nueva “ciencia con sujeto” suscita más adhesiones que resistencias<sup>89</sup>. Adhesiones plurales, como a los restantes puntos del Manifiesto, toda vez que convergemos hacia un terreno común desde diferentes tradiciones, países y continentes. Es importante la dimensión plural y colectiva del sujeto-historiador a que nos referimos cuando hablamos de una “ciencia con sujeto”.

Podía ser restrictiva una lectura primariamente política, social o clasista, de la subjetividad del investigador respecto de su objeto, ineludible en

<sup>87</sup> Pero no exclusivamente, también en esto hay que ir más allá que las vanguardias historiográficas del siglo XX, que con frecuencia restringieron el calificativo de renovador al propio enfoque o tema de investigación, excluyendo otras vías, véase la tesis 9 (‘De la necesaria pluralidad de la innovación metodológica’) de *“La historia que viene”*, p. 105.

<sup>88</sup> *“La historia que viene”*, pp. 99-100.

<sup>89</sup> Resistencias de colegas posmodernos por el término “ciencia” o de colegas neorankeanos por el término “sujeto”; otros adoptan una mala solución intermedia que consiste en lo primero optando por una (in)definición neutra de la historia tipo “conocimiento” o “saber”, cuando no “discurso” o “ficción”, dejando el concepto de la ciencia histórica al viejo positivismo.

temas históricos polémicos o simplemente inmediatos, si no hacemos converger en la investigación, la interpretación y el debate, historiadores de distintas posiciones político-ideológicas: la objetividad, en estos casos, estaría garantizada por la pluralidad, surgiendo de la confrontación de enfoques, no siempre susceptibles de síntesis superadoras cuando sigue abierto, vivo, el objeto de referencia. ¿Cómo se conserva en estos temas de mayor conflictividad histórico-historiográfica la objetividad y la unidad, relativas pero ciertas, de la comunidad de especialistas<sup>90</sup>? Exigiendo el rigor posible del método científico y el recurso honesto al dato. Somos partidarios, ciertamente, de una ciencia con sujeto, pero siempre ciencia: no renunciamos a la ciencia, ni a las fuentes, ni a la objetividad, condicionadas, es verdad, pero indispensables como referencia intersubjetiva de la comunidad común y plural de los especialistas, que ha de estar sujeta a la permanente crítica-autocrítica de la historiografía mediata e inmediata, tercer elemento pues de objetivación de las subjetividades en juego: fuentes, pluralidad de enfoques e historia de la historia o historiografía.

Resumimos lo dicho aseverando que cualquier lectura legítima<sup>91</sup> de tipo político, social, ideológico o religioso, del Manifiesto, ha de tener en consideración el conjunto de las 18 propuestas, de manera que cualquier compromiso cívico debería insertarse en una lectura amplia y plural, metodológica y epistemológica, de la historia como “ciencia con sujeto”, para lo cual hay recordar: 1) que la mentalidad de los actores históricos suele ser más importante que la ideología estrictamente política en la expli-

<sup>90</sup> La unidad disciplinar se suele romper cuando se impone en un país la violencia, la dictadura y/o la guerra civil con su secuela de persecuciones y depuraciones académicas: la historia científica que proponemos y practicamos presupone, pues, un contexto mínimo de libertades políticas y académicas, es por ello que HaD mantiene una acción constante como Academia Solidaria en favor de historiadores perseguidos y en defensa de valores universales de libertad y tolerancia, justicia e igualdad, imprescindibles para que la universidad puede ejercer su función.

<sup>91</sup> No serían legítimas, por consiguiente, desde el punto de vista del Manifiesto, las posiciones antagónicas con los valores universales a que hacemos referencia en la nota anterior (fundamentalistas, racistas, genocidas, nazifascistas, terroristas), sin por ello pretender HaD limitar la libre expresión en nuestro foro de debate digital de cualesquier opinión que guarde las normas fijadas de identificación suficiente y respeto al interlocutor y a la propia red.

<sup>92</sup> Un ejemplo reciente son los historiadores comprometidos entre 1996 y 2001 con la idea histórica de España, donde las posiciones patrióticas claramente políticas, legítimas y necesarias (el igual que las referidas a las nacionalidades periféricas), que condicionan subjetivamente el discurso historiográfico, que gana objetividad conforme se asegura la pluralidad de enfoques, el recurso a las fuentes y la crítica de la crítica, historia e historiografía inmediatas.

cación de los hechos históricos, incluso si son contemporáneos; 2) que los valores, conceptos y habilidades de los historiadores que pueden influir en el proceso de investigación no suelen ser de orden político<sup>92</sup>, salvo en determinados temas y momentos; 3) que la subjetividad política de los investigadores se inserta de forma más productiva en las investigaciones históricas más conflictivas conforme se explicita<sup>93</sup>, en debate por consiguiente con otras subjetividades político-historiográficas, y analizado fuentes, cuyo proceso de selección, tratamiento y análisis ha de ser público, intersubjetivo y abierto a la crítica, para facilitar sin oscurantismo el consenso historiográfico de la comunidad plural de especialistas.

Otra objeción que se nos puede hacer a la reformulación que de la historia científica que proponemos en el Manifiesto es su “dependencia” de las actuales ciencias de la naturaleza<sup>94</sup>, a lo que se responderíamos con tres argumentos: (1) el paradigma ecologista nos ha enseñado que las historias del pasado humano y del pasado natural son inseparables; es menester, en consecuencia, (2) ampliar la interdisciplinariedad de la historia (punto IV del Manifiesto) a las ciencias naturales, y, por supuesto, a la filosofía de la ciencia, sobre todo a la que se ocupa de la epistemología de la física, y demás ciencias “duras”, desde la historia; (3) el fundamento equitativo de la interdisciplinariedad que propugnamos entraña reconocer y respetar las aportaciones, la autonomía y la autoridad de cada disciplina para aquello que le es propio, sin menoscabo de los necesarios intercambios.

El concepto tradicional de ciencia ha nacido de la física, ha evolucionado con las ciencias de la naturaleza, integrando finalmente elementos de la historia, la sociología y otras ciencias sociales y humanas. ¿Si valió en el siglo XIX la interacción, no exenta de mimetismo (cientifista), de la historia con la ciencia natural cómo no va valer ahora que el acercamiento entre ambas es mayor y puede ser, por consiguiente, menos desigual el intercambio? Después de Kuhn, físico devenido historiador, nunca tuvimos tantas razones para emparentar la historia académica con la nueva ciencia. No hay anacronismo mayor que seguir empleando los historiadores un concepto

<sup>93</sup> Es raro que el historiador muestre su tendencia política, en general o en relación sobre el hecho investigado, suele saberse por su biografía o deducirse de lo escrito, es un dato de todas formas imprescindible para un trabajo historiográfico serio (sirva como ejemplo positivo el Diccionario de historiadores españoles contemporáneos de Gonzalo Pasamar e Ignacio Peiró, Madrid, 2002).

decimonónico, absolutista, de ciencia cuando la física y la filosofía de la ciencia nos hablan, al igual que la la historia de la historia, de una ciencia sujeta al consenso histórico de sus protagonistas. Los físicos saben que el Big-Bang es la teoría que mejor explica el origen del universo... hasta que se alcance un nuevo consenso que la supere, más o menos determinado por los resultados experimentales<sup>95</sup>. La verdad científica se discierne y decide a través de la comunidad científica (a su vez influida socialmente), esto es, de manera relativa, pragmática (según la filosofía norteamericana de renovada actualidad). No existe al final del trayecto -inalcanzable, naturalmente- "la" verdad definitiva<sup>96</sup>: lo científico y riguroso, no nos cansemos de repetirlo, es el movimiento histórico de las verdades condicionadas, que es lo que quiere decir "relativas"<sup>97</sup>, tanto si hablamos de química, de biología, de historia o de antropología. Hace tiempo que la ciencia moderna ha conseguido liberarse de lo absoluto y de la religión<sup>98</sup>, ¿no es hora ya de que los historiadores hagamos lo mismo y pongamos al día nuestro compromiso con la ciencia y el método científico?

La causa última de la incapacidad de las viejas nuevas historias para conjurar el infernal péndulo objetivo/subjetivo estaría, por lo tanto, en el manejo continuo de una noción obsoleta, positivista, determinista e idealista, de lo que es una ciencia<sup>99</sup>, al tiempo que se decía combatir al positivismo historiográfico de raíz alemana y se descalificaban de manera asimismo absoluta sus objetos de interés. Con toda evidencia el problema no estaba tanto en los géneros temáticos frecuentados por la historia positivista como en la concepción epistemológica que la sustentaba, informando las

<sup>94</sup> Véase la tesis 4, 'La redefinición de la historia como ciencia y la nueva física', de "La historia que viene" (1995).

<sup>95</sup> Los científicos de la naturaleza mantienen en ocasiones teorías parcialmente desmentidas por datos empíricos, o que no han sido todavía verificadas empíricamente; aunque el problema de la historia profesional es más bien el contrario: un evidente déficit teórico que ha hecho pervivir entre nosotros el primitivo concepto positivista de ciencia desechado hace mucho tiempo por las ciencias físicas y aun por otras ciencias sociales.

<sup>96</sup> Ahí radica el error epistemológico de la "historia total" de los años 60 y 70.

<sup>97</sup> Obviamente hay un relativismo extremista, posmoderno, hipersubjetivista, que no compartimos.

<sup>98</sup> Véase la nota 79.

<sup>99</sup> O, si se quiere, de lo que es o no rigor en una investigación histórica, cambiando de terminología no eludimos la cuestión de fondo: el papel del doble sujeto en la escritura profesional de la historia.

metodologías aplicadas. La crítica feroz de las temáticas tradicionales mantuvo ocultas las continuidades positivistas entre los nuevos historiadores que pagaron así la endeblez teórica y epistemológica de la revolución historiográfica del siglo XX. Es por ello que nosotros llamamos “nuevo paradigma” a nuestra alternativa historiográfica para diferenciarla de la “nueva historia” precedente. Se hizo desaparecer de las facultades de historia, en los países más influidos por las nuevas historias, la investigación sobre los géneros tradicionales (historia política, biográfica, jurídico-institucional, cultural, intelectual, diplomática, militar) pero no así los métodos y enfoques objetivistas que se reprodujeron en la nueva historia económica y social estructuralista, pese a la aparente contradicción que suponía el abandono del acontecimiento, del papel del individuo y demás temas “superestructurales” con la previa proclamación de una “historia total”. La prolongación subterránea del concepto de ciencia del positivismo de origen rankeano dificultó grandemente las propuestas más vanguardistas de Annales y de la historiografía marxista ligadas al papel activo (teórico, comprometido, global) del historiador consciente y colectivo, puesto que no “podía” ser reconocida públicamente dicha continuidad sin debilitar la lucha de ideas y por el poder académico emprendida contra la historia tradicional y sus representantes.

La continuación implícita del positivismo no sólo afectó al uso de fuentes, la erudición bibliográfica, las monografías, la forma similar de hacer y redactar las investigaciones de los historiadores marxistas, annalistas y neopositivistas, sino que coadyuvó sobremanera a inclinar la balanza de las nuevas historias hacia el objetivismo, el academicismo, el empirismo y la superespecialización, dejando en el olvido la historia con sujetos, el compromiso social, la inquietud por la teoría, el programa de la historia total, favoreciendo así la implosión final de las tendencias historiográficas que marcaron con sus luces y sus sombras la historiografía del siglo XX. La recuperación del sujeto acometida, a finales de los años 70, por la escuela francesa con la historia de las mentalidades y por la escuela inglesa con la historia social de conflictos, revueltas y revoluciones, llegó demasiado tarde para resolver las contradicciones internas de las nuevas historias y demasiado pronto para enlazar con el nuevo paradigma en construcción de una historia objetiva-subjetiva. Aunque el esfuerzo no ha sido en vano, gracias a tan importantes precedentes estamos intentando, por ejemplo, desde

finales de los años 80, una historia mixta social y mental, histórica e historiográfica, que nos permita inéditas aproximaciones globales del pasado medieval<sup>100</sup> coherentes con la nueva epistemología histórica que estamos construyendo.

Sacando, pues, conclusiones autocríticas -por algo hemos titulado así este apartado- de la malograda relación a lo largo del pasado siglo entre la nueva y la vieja historia, Historia a Debate plantea de forma inédita, en el primer párrafo del Manifiesto 2001, la necesidad de un diálogo crítico y público con las otras corrientes historiográficas de facto competidoras al tiempo que nutrientes: el continuismo de los años 70, el posmodernismo y el “regreso a Ranke”. Así como, en el punto XIII, apostamos por una mayor coherencia entre lo que decimos y lo que hacemos los historiadores<sup>101</sup>, a fin de evitar los habituales dobles discursos, exigencia nada fácil de implementar por los variados factores, tradiciones y compromisos, que influyen en nuestras investigaciones individuales, pero a la que no podemos renunciar como HaD si queremos ser eficaces, a medio y largo plazo, en la reorientación emprendida en 1993 del cambio de paradigmas en marcha. Lo cual nos lleva, otra vez, al difícil requerimiento de trabajar con “dos ideas a la vez” en la cabeza, verbigracia: si el positivismo ha hecho un aporte duradero al oficio del historiador, ¿por qué no reconocerlo abiertamente sin dejar de criticar aquellos de sus aspectos que consideremos historiográficamente desfasados o perjudiciales?<sup>102</sup> ¿Podríamos afirmar, entonces, que hay un positivismo “bueno” (la historia se hace con fuentes) y un positivismo “malo” (el historiador, y su tiempo, han de “desaparecer” ante las fuentes<sup>103</sup>)? ¿Podemos “fraccionar” la herencia paradigmática recibida, sea del positivismo, sea de la nueva historia? La respuesta sería negativa si creyésemos en la propuesta de rupturismo neto que ha teorizado Kuhn para que

<sup>100</sup> Véase el apartado de libros, y los artículos reproducidos, en [www.cbarros.com](http://www.cbarros.com).

<sup>101</sup> “Una mayor unidad de la teoría y la práctica hará factible, por lo demás, una mayor coherencia de los historiadores y de las historiadoras, individual y colectivamente, entre lo se dice, historiográficamente, y lo que se hace, empíricamente”, punto XIII de Manifiesto.

<sup>102</sup> Actitud de superación (dialéctica) que debemos poner en práctica también hacia las nuevas historias del siglo XX, y nos gustaría asimismo que otros aplicasen en el futuro al nuevo paradigma de HaD en construcción.

<sup>103</sup> La versión neopositivista, que debemos asimismo criticar, sería: la verificación empírica es el criterio necesario y suficiente para definir la verdad histórica.

una disciplina supere sus momentos de crisis paradigmática o “ciencia extraordinaria”. Desde el punto de vista del Manifiesto de HaD las cosas son más complejas.

Hemos rectificado por la vía de la ampliación, en el punto VI del Manifiesto, el concepto de “revolución científica” de Thomas S. Kuhn que redefinimos como “ruptura y continuidad disciplinar”, enfoque duplo que combina los avances disciplinares por saltos y por acumulación<sup>104</sup>, inferido de la evolución histórica de nuestra disciplina así como de la propia historia de las grandes revoluciones sociales y políticas, por lo regular mezclas químicas de ruptura y continuidad. El tradicionalismo historiográfico de nuestro físico devenido historiador<sup>105</sup> traduce “revolución” por ruptura simple, sin prestar atención a la continuación (ya veremos cómo) de partes del viejo paradigma en el nuevo consenso con los resultados (indeseados) obtenidos cuando se infravalora, se niega, se esconde o se descontextualiza dicha prolongación<sup>106</sup>. En suma, el problema a plantear es el siguiente: ¿puede el nuevo consenso paradigmático comprender elementos del viejo paradigma sin perder algo fundamental de su propia coherencia? Para mí la respuesta correcta es no. Si la asimilación de lo viejo por lo nuevo no trae consigo un reacondicionamiento<sup>107</sup> de la herencia recibida, una de dos: o no es realmente nuevo el paradigma emergente, o no es un verdadero paradigma, es decir consecuencia de un consenso disciplinar. Todo paradigma compartido por una comunidad de especialistas, diverso por definición en su forma (elementos de metodología, teoría y otras subjetividades) y en su fondo (confluencia de distintas escuelas, grupos y tendencias), pierde sentido y efi-

<sup>104</sup> El proceso de acumulación no sólo está presente durante los períodos de rendimiento creciente o “ciencia normal”, atraviesa también los cambios de paradigmas sujetos a una dinámica de sustituciones, reformulaciones y síntesis.

<sup>105</sup> Kuhn se formó como historiador antes de la difusión de las nuevas historias, analista y marxista, que no tuvieron en los EE. UU. la misma incidencia que en Europa -excepto Alemania- y América Latina, absorbiendo un concepto clásico de “revolución” influido además por el imaginario norteamericano sobre su propia historia.

<sup>106</sup> No creemos que esta continuidad/discontinuidad sea aplicable solamente a la historia y a la historiografía, ¿no siguió acaso vigente el paradigma newtoniano en la física terrestre cuando se impuso el nuevo paradigma relativista de las emergentes físicas subatómica y cósmica?

<sup>107</sup> Un excelente ejemplo es la reformulación neopositivista que supuso el cuantitativismo, respecto del narrativismo rankeano de nombres, hechos, fechas y lugares, haciendo posible la colaboración fructífera con la historia económico-social de Annales y el marxismo, aunque favoreciendo después, todo hay que decirlo, su deriva objetivista, economicista y estructuralista.

ciencia si ambiciona integrar contribuciones antagónicas, en cuestiones fundamentales (epistemológicas), sin tener en cuenta las enseñanzas de la dialéctica que sitúa, asimétricamente, la “síntesis de los contrarios” sobre uno de ellos<sup>108</sup>.

El futuro del nuevo paradigma que venimos patrocinando y ensayando en HaD reside en su capacidad para articular de forma compleja, pero clara y coherente, los descubrimientos recientes de la ciencia y del sujeto con las necesidades inmediatas y mediatas de la historia e historiografía, asumiendo las aportaciones útiles de las (viejas) nuevas historias y de las (nuevas) viejas historias previa reconversión, cualitativa y asimétrica<sup>109</sup>, a los condicionantes epistemológicos de la nueva matriz disciplinar.

No resulta fácil esto de la síntesis asimétrica. Sirva de ejemplo la relación del historiador con sus fuentes, contribución esencial del positivismo a la acumulación paradigmática que hemos intentado replantear de forma renovada, en el punto II del Manifiesto, sin lograrlo plenamente -en mi opinión- dando lugar a cierto desequilibrio con el fundamental punto I sobre la ciencia con sujeto. Si el historiador (presente) descubre la historia (pasado) al tiempo que la construye, y viceversa (dos ideas a la vez), ¿cómo definir más certeramente el considerable papel activo del historiador, no reconocido por la nueva historia del siglo XX<sup>110</sup>, cuando moldea sus fuentes<sup>111</sup>? En el nuevo paradigma, ¿construye también las fuentes el historiador mientras las descubre; descubre el historiador las fuentes conforme las construye? Preguntas perturbadoras que hay que afrontar para superar los fracasos relativos de la revolución historiográfica del siglo XX, para estar

<sup>108</sup> Nuestra hipótesis (autocrítica) es, como bien puede colegir el lector y se comenta en la nota anterior, que la implantación académica de las nuevas historias, después de la II Guerra Mundial, en la historiografía occidental se superpuso al positivismo preexistente: la síntesis entre vieja y nueva historia nunca dejó de girar alrededor del eje neopositivista.

<sup>109</sup> El nuevo paradigma de HaD quiere ser, por supuesto, más heredero de la nueva historia (siglo XX) que de la vieja historia del siglo XIX y sus resurgencias en el siglo pasado.

<sup>110</sup> Lo de que “la historia se hace con textos” pero con “todos los textos” de L. Febvre (1933) está bien pero es insuficiente, no contempla -ni podía contemplar- las fuentes orales que han surgido después, y la aseveración de Le Goff en de que “la historia se hace documentos e ideas”, animando la historia-problema y la interpretación de las fuentes, considera asimismo de manera insuficiente -lo mismo que el Manifiesto de 2001- la dimensión constructiva de las fuentes en manos del historiador colectivo, la movilidad de las fuentes respecto de los historiadores, de sus enfoques y de sus épocas.

historiográficamente a la altura de los nuevos paradigmas de la ciencia, que no terminarán de formarse en nuestro campo académico mientras no dilucidemos mejor sus nuevas bases teóricas (iluminadas por nuevas prácticas). Nuestra hipótesis es, por consiguiente, que la nueva síntesis historiador/fuentes ha de girar sobre el primero (entendido comunitariamente) no sobre las segundas<sup>112</sup>.

Nuevos temas y enfoques historiográficos fueron surgiendo, a modo de anomalías kuhnianas, al margen de las nuevas historias, por efecto de éstas y coadyuvando a sus crisis: historia oral, historia de las mujeres, historia ecológica, historia del tiempo presente, historia poscolonial, microhistoria, mundial/global... “Novísimas” historias que suponen la (re)habilitación de nuevas fuentes y nuevas relaciones con las viejas fuentes, una mayor implicación del historiador individual y colectivo en la (re)construcción de sus fuentes. No se encuentra aquello que no se busca: para indagar en determinada dirección hay que tener motivación (nueva temática), saber qué y cómo pesquisar en los archivos (tipos de fuentes), crear conceptos y técnicas para interpretar y extraer datos (metodología), y cada vez más fabricar archivos y fuentes más allá del clásico documento. En realidad, la fuente siempre ha surgido de la interactividad de las múltiples huellas del pasado con el historiador colectivo del presente, y tal vez no lo supimos ver.

La nueva historia habló de nuevas fuentes y de “nueva erudición”, y así lo recogimos así en el punto II del Manifiesto sin percatarnos de la incoherencia que supone juntar “nueva” con “erudición”<sup>113</sup>. Según los diccionarios “erudición” quiere decir saber profundo en materias humanísticas, históricas y literarias, deviniendo historiográficamente en un término ligado al saber histórico positivista de base textual, acumulativo y academicista. Habría que pensar -según mi criterio- en una futura redacción del punto II más

<sup>111</sup> Ni siquiera Topolsky con su fructífera diferenciación entre “conocimiento basado en fuentes” y “conocimiento no basado en fuentes” reconoce esta interactividad historiador/fuentes que habremos de deducir consecuentemente de la nueva definición de la historia como “ciencia con sujeto” (véase la nota siguiente).

<sup>112</sup> Topolsky lo intuyó en 1973 cuando dedujo que el “conocimiento no basado en fuentes” constituía el factor decisivo en el progreso de la investigación histórica (Metodología de la historia, Madrid, 1982, p. 309), pero nada dice de cómo la historia y el historiador condicionan las fuentes.

<sup>113</sup> Micheline Cariño de la Universidad de Baja California Sur puso en evidencia esta contradicción durante la discusión del borrador del Manifiesto (mensaje 12/7/01 del apartado Manifiesto/Grupo Manifiesto/Elaboración/Deliberaciones).

ajustada al cambio profundo de la relación entre los hechos, las fuentes y los sujetos que investigan, descubren y construyen la historia. Encontrando una relación interactiva historiadores/fuentes que sintonice más con el conjunto del Manifiesto, con la práctica y el estilo de HaD, con las líneas de investigación que habremos de desarrollar como parte del nuevo paradigma en construcción. Nuestras propuestas y experiencias de historiografía e historia inmediatas, de historiografía digital, de historia mixta/global, de conexiones pasado/presente y pasado/futuro, vienen reclamando desde los años 90, con más claridad si cabe que anteriormente, un papel más activo del historiador en la construcción/descubrimiento de las fuentes, vinculadas así más eficazmente a los sujetos y a los objetos de la investigación.